

TRABAJAR POR CUENTA AJENA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

DON MARIANO ZACARÍAS CAZURRO.

Representada con aplauso en Madrid, en el teatro de la Cruz.

REPARTO.

IRENE	DOÑA J. NORIEGA.
RITA	DOÑA C. SAMANIEGO.
DON VENANCIO	D. J. LOMBIA.
PEPITO	D. M. CATALINA.
DON RUPERTO	D. J. LOZANO.
TOMAS	D. J. DARDALLA.
UN ESCRIBANO	D. P. IMPERIAL.

La escena es en Madrid, en casa de D. Venancio, año 184...

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala bien amueblada. Puerta grande de dos hojas, en el foro, que conduce por la izquierda á la escalera, y por la derecha al interior de la casa. Otras dos laterales: la de la derecha conduce á las habitaciones de D. Venancio y Pepito: la de la izquierda á la de Irene. Sofás, butacas, veladores, etc.

ESCENA PRIMERA.

TOMÁS, RITA. (*Tomás arrellanado en una butaca que habrá á la izquierda, leyendo en un periódico y colocado de modo que dé la espalda á la derecha de la escena, teniendo el espectador á la suya. Rita, contemplando los restos de un desayuno que habrá sobre un velador á la derecha, de pié, y dando la espalda á Tomás.*)

RITA. ¡Miren el pobre señor!
¡Apenas ha hecho la salva
al desayuno! ¡Enterita
se ha dejado la tostada!
Desde há seis años y medio,
bien cumplidos, que soy... su ama...
de llaves; hasta hace poco,
mas contento que una pascua
le tuve: ¿comer? comia...
¡Uy! ¡y dormir! si roncaba
tanto que yo nó... y ahora...
(*Llamando á media voz.*)
¡Tomás! (*Prosiguiendo.*) De dia no para,
por la noche se desvela,
y ni come ni descansa
ya hace mas de cinco meses,
con el pleito y con... ¡mal haya!
¡Tomás! (*Volviendo á llamar.*)

TOMÁS. (*Ap., sin contestar y colocándose mejor.*)
¡Otra!

RITA. (*Prosiguiendo.*) Y ni hace caso
de mí... (*Llamando mas alto y prosiguiendo despues.*)
¡Tomás!... Y me trata

casi como á una fregona.
A la corta ó á la larga,
los hombres en consiguiendo... (*Llama mas fuerte.*)
¡Tomás!...

TOMÁS. (*Ap.*) ¡Dale!

RITA. (*Se acerca á la puerta del fondo.*) ¡Adónde anda!

TOMÁS. (*Ap.*) ¿Qué puede querer?
(*Se incorpora, mira y ve el velador.*) Ya estoy.

RITA. A ver si viene y levanta (*Bajando.*)
este mantel y estas cosas.

TOMÁS. (*Ap., volviéndose á colocar.*)
¡Carga con ello tú y tu alma!

RITA. ¡Apuesto á que me está oyendo
desgañitar y el muy maula
se hace el sordo! ¿Y qué ha de hacer?
ve que su amo me desaira...
pues, y del árbol caido...
(*Viendo que Tomás no llega, vuelve al fondo.*)
¡Maldita sea su casta! (*Gritando.*)
¡Tomás!

TOMÁS. (*Dejando el periódico sobre el velador, se levanta bostezando fuerte.*)
¡Haah!

RITA. ¡No lo dije!
¿Con esa sorna te estabas
oyéndome? ¡Señor mio,
esto ya pasa de raya!
Si le llamo, no responde;
si le mando, se desmanda;
y en lugar de obedecer
me sale con cuatro cháchara
que mas valiera decir
claro: «¡no me da la gana!»

TOMÁS. ¡Chist! paso, señora Rita,
¡no se me ponga irritada!
¿Cuándo he dejado de hacer
algo que usted me mandara?

RITA. ¡Siempre! ¡A bien que tú no tienes
la culpa!...

TOMÁS. ¿Que siempre? ¡Vaya!
cuando estoy yo deseando
que usted diga una palabra... (*Bosteza.*)
¡Hah... y ya está.

RITA. ¡Embustero!

TOMÁS. ¿Cómo?
¡Señora Rita!... ¡Caramba!
Nunca fuera dueña alguna...

RITA. ¡Cómo dueña! (*Picada.*)

TOMÁS. De una casa,
de criados tan servida,
ni de ellos tan bien cuidada,
como usted desde que yo
vine aquí á purgar mis faltas.
Y si no dígame usté
si desde que en ella se halla
ha estado mas á su gusto.

RITA. ¡Ay, hijo! ¡Pues no faltaba (*Con ironía.*)
mas! De cerca de siete años
que hace que entré á gobernarla,
¡Jesus! los cinco primeros...
¡ay! como el pez en el agua
los pasé, sola con tu amo.

TOMÁS. ¿Los dos solos?

RITA. ¡Una balsa
de aceite la casa era!

TOMÁS. ¡Ya!... si ustedes se llevaban
bien...

RITA. ¡Muy bien! ¡ni el matrimonio
mejor que nos igualara!

TOMÁS. ¡Vamos! (*Con malicia.*)

RITA. ¡Figúrate tú
si estaria desahogada!

TOMÁS. ¡Yo lo creo!

RITA. Y no se hacia
mas que lo que yo mandaba.
Pero, amigo, hacia tiempo
que era muerta por desgracia
una parienta muy rica,
aunque bastante lejana,
de don Venancio, y él era
tutor de una desdichada
huérfana que dejó sola
y con la hacienda entre zarzas.
El se la habia traido
á Madrid para educarla...

TOMÁS. ¿Y es la señorita Irene?

RITA. La misma que viste y calza.
Se estaba allá en su colegio:
si venia... ¡jugueteaba
como á diez años! despues
acabó, hubo que sacarla,
y vino há mas de año y medio;
se hizo un diablillo con faldas,
y tanto daba que hacer,
que empecé á sentir la carga.

TOMÁS. En efecto, es traviesilla.

RITA. ¿Que si lo es? ¡y muy taimada!
Figúrate tú, tener
que servirla y vigilarla
como si fuera su madre;
¡y poquito me lo encarga
don Venancio! Ya conforme
me estaba yo, cuando cata
que há mas de un año, en Castilla,
donde tenia una hermana,
se le muere á don Venancio,
dejando tambien sin blanca
otro huérfano. Unos tios
ricos que tiene en la Habana,
quieren que siga gozando
la pension que señalaban
á su madre; pero ordenan
que don Venancio le traiga
á su casa y la administre,
y á su cuidado le encargan;
y como él los debe tantos
favores, aun siendo á trágala
tuvo que traerle, y vino.

TOMÁS. Y si las señas no marran
¿es el señorito Pepe
de quien ahora usted habla?

RITA. Sí, y este era ya mocito
con carrera adelantada...
Pues, señor, aunque no diera
mucho que hacer, precisaba
tomar un criado, al menos
para estar yo descansada.

TOMÁS. ¡Pues! ¿Y entonces vine yo?

RITA. Tú, sí; la última plaga
que cayó sobre nosotros;
porque me tienes mas harta
que el mal pan, y si no fuera
que con tu pícara labia
le tienes sorbido el seso
al buen don Venancio...

TOMÁS. ¡Cáspita!
en la calle de patitas
estaria ya, ¿eh?

RITA. ¡No falla!

TOMÁS. Y si usted tuviera ahora

con el amo, como en marras,
aquella influencia... ¡digo!

RITA. ¡Ay!

TOMÁS. Pero el tiempo se pasa
y no en balde, que le han visto
derribar torres mas altas.

RITA. Sí, ¡pero aquella no está
todavía derribada!
¡Cuenta con ella!

TOMÁS. ¿Es posible
que me tenga usted tan mala
voluntad, cuando no quiero
otra cosa que agradarla?
Si sabe usted que yo...

RITA. ¡Dale!
¿vuelves con tus alharacas?
Si es cierto que lo deseas,
quita aquello pronto y calla.

TOMÁS. ¡Cómo, qué! ¿yo, doña Rita?
¡Por santa Rita de Casia!
si sabe usted ya que tengo
las manos mas desgraciadas
para andar con la vajilla.

RITA. ¡Haz luego lo que te mandan!
O lo quitas al instante
ó verás la que se arma.

TOMÁS. ¡Bah! (*Se vuelve á sentar.*)

RITA. ¡Tunante! mal criado.
Yo diré á tu amo...
(*Se dirige á la puerta de la derecha.*)

TOMÁS. (*Levantándose y deteniéndola.*) ¡Eh! que se halla
en sesion con el agente
sobre el pleito.

RITA. Eso te salva,
que si no... ¡Holgazan, bribon!

TOMÁS. ¡Bien dicho! ¡Viva la gracia!

RITA. ¡Galopin!

TOMÁS. Se pone usté
tan bien cuando me regaña,
que por eso armo camorras.
¡Uy! (*Rita se sonrie.*) ¿Ve usté?

RITA. ¡Tuno de playa!

TOMÁS. ¿A que lo quita usté?

RITA. ¡Sí!
No creas que me jonjabas,
no he de quitarlo.

TOMÁS. ¡Que no!
¡Si hasta las piedras se ablandan
con un requiebro, alma mia!
Solo las viejas se enfadan
cuando se las echa alguno.

RITA. No, yo no estoy enfadada,
mas quitarlo no lo quito;
ya es un empeño, que salga
tu amo y esté todavía,
verás qué sermon te encaja.

TOMÁS. ¡A mí! ¡quiá! que yo no sé
conjurar esas borrascas.
Mire usté... ya sale, y yo
me afufo. (*Vase por el fondo.*)

RITA. ¡Sí, pues aguarda!

ESCENA II.

DON VENANCIO, DON RUPERTO, RITA, *despues* TOMÁS. (*Don Venancio en bata y gorro de casa, don Ruperto de calle, con un traje apropiado á un agente de negocios, es decir, ni de muy buen gusto ni en muy buen estado.*)

VENANC. ¿Con que á las doce es la vista
del pleito?

RUPERT. Sí, y hoy se falla:
ya ha oido usté las promesas
que nos han hecho; se gana
de seguro.

VENANC. Así deseo; (*Viendo el velador.*)
pero... ¡Rita!

RITA. ¡Señor!

VENANC. Manda
que quiten esto de aquí.

RITA. ¡Tomás!

TOMÁS. ¡Mande usted! (*Saliendo por el foro.*)

RITA. Aparta
eso de aquí en el instante.

TOMÁS. Tengo las manos manchadas
con el charol de las botas;
pero en lavándome...

VENANC. (*A Rita.*) No, anda,
quítalo tú en un momento.

RUPERT. ¿Y usted irá por la sala?

VENANC. Sí.

RITA. (*Ap., quitando del velador la servilleta y demás.*)
Se salió con la suya;
¡pero si no me las paga!...

ESCENA III.

DON VENANCIO, DON RUPERTO.

VENANC. Iré; sí, señor, iré;
quiero ver si el abogado
sabe abogar en el pleito
como llevarse los cuartos.

RUPERT. ¡Verá usted qué pico de oro!

VENANC. ¡Ya! como que su dorado
me cuesta muy buenos pesos.

RUPERT. ¡Eh! ¡no sea usted tacaño!

VENANC. Entre dorarle á él el pico,
las uñas al escribano
y á otros, *etcétera etcétera*,
muchos son los que he gastado.

RUPERT. Y eso ¿qué le importa á usted?
¡Le costará buen trabajo
meter hoz en miés ajena!

VENANC. ¡Está usted equivocado!
El capital que ella tiene
libre del pleito, está intacto;
y esos gastos y otros muchos
de mi bolsillo los pago.

RUPERT. Bien, aunque usted lo adelante...

VENANC. ¿Quiere usted que pleiteando
como tutor por haciendas
de mi pupila, si gano
vaya á poner por partida
los gastos estraordinarios?

RUPERT. ¡En la data, sí, señor!

VENANC. ¡Ah! pues ese es el engaño;
no quiero yo que el ganarle
la cueste ni medio ochavo.

RUPERT. ¡Hola!

VENANC. Sí, y usted bien sabe
como es si al fin le ganamos.

RUPERT. ¡Ah! sí, señor; ya lo sé
que le cuesta á usted bien caro.
Cuando la prueba ya vi
que nos iba resultando
el que con alguna trampa
podria usted haber probado
á las dichosas haciendas
un derecho algo mas claro
que el del contrario y el suyo;
se hizo de lo negro blanco,

solo por favorecerla;
y entre tirios y troyanos
siempre he visto sus bolsillos
la municion derramando;
mas tambien sé que es todo eso
razon de mas para el caso
de exigirla...

VENANC. Mas tambien
es imposible con datos
poder probar en las cuentas
que se hicieron esos gastos.
¿Cómo quiere usted que escriban:
digo yo, el juez don... Fulano,
que recibí tantas onzas
de mano de don Venancio
por hacer tal gatuperio?...
¡Bah!

RUPERT. ¡Qué, no; eso ni pensarlo!
Pero entonces no presumo
qué fin se haya usted llevado...

VENANC. ¿Qué fin? yo, ninguno mas
que el de hacerla ese agasajo.

RUPERT. ¡Buenas y gordas! si usted
hace eso, será por algo;
ya habrá un busilis...

VENANC. (*Desentendiéndose maliciosamente.*) ¡Eh! vaya,
mi señor apoderado
universal, ¿á qué altura
está el asunto del cuarto?

RUPERT. ¿El cuarto? ya le pagué
al casero el adelanto;
y la escritura de arriendo
firmé como apoderado.

VENANC. Bien, pero muebles y chismes...

RUPERT. Quedan todos ajustados,
y tal vez mañana mismo
no falte ya un solo clavo.

VENANC. Ya sabe usted que yo quiero
no haber menester en algo
nada de aquí, ni una hilacha,
para haber de trasladarnos.

RUPERT. Descuide usted, habrá en ella
todo lo mas necesario
y todo del mejor gusto.

VENANC. ¿Y no dió usted algun paso
sobre lo otro?

RUPERT. ¿Cómo lo otro?
¡Ah! ya... sí, señor, ya caigo;
sobre aquello del empleo...
Sí, señor, que los he dado.

VENANC. ¿Y qué ha habido?

RUPERT. Que ayer mismo
vimos á un subsecretario:
empleos vacantes hay,
pero, amigo, están muy caros.
Uno de doce mil reales
aquí en Madrid...

VENANC. Ese, ¿cuánto?

RUPERT. Una anualidad lo menos,
y adelantada.

VENANC. ¿Y si es caso
que se cambiaran las cosas
y se pierde antes del plazo?

RUPERT. Amigo, esa es la tarifa.

VENANC. ¡Bien!... á ver si le alcanzamos.

RUPERT. ¿Qué? será cosa corriente;
mas perdone usted, no caigo...
Un hombre á quien nada falta,
como usté, ¡hacerse empleado!

VENANC. Hombre, si no es para mí;
es para el sobrino.

RUPERT. ¡Ah, vamos!

VENANC. Como es posible que pronto
tengamos que separarnos,
para volar por el mundo
le estoy de todo equipando.

RUPERT. Muy bien; pero aguarde usted,
que ahora voy atando cabos...
Gana el pleito la pupila,
pone usted cuentas en saldo,
y no pone usted en ellas
los gastos estraordinarios:
me manda usted que prepare
cuarto mejor adornado...
y equipa usted al sobrino
para que se haga á lo largo...
la pupila es rica y jóven,
y usted... ¡malo! ¡malo! ¡malo!

VENANC. ¿Qué piensa usted?

RUPERT. Que de todo
ya con el item he dado.

VENANC. ¿Qué?

RUPERT. Se casa usted con ella.

VENANC. ¿Yo? ¡Pche!

RUPERT. ¡Bien hecho! ¡qué diablo!
Hasta las once en la vista,
que no falte usted.

VENANC. No falto.
(*Vase D. Ruperto por el foro.*)

ESCENA IV.

DON VENANCIO.

Pues, señor, llegó el momento
de dar por fin el asalto;
solo me faltaba ahora
que la niña... ¡fuera chasco!
Pero ¡bah! si noto que ella
resiste á entrar por el aro,
me atengo á cuentas y... ¡bueno!
no creo necesitarlo.
Vigilada, sin amigas...
genio un poco atravesado,
verdad; pero á mi sobrino
es al único muchacho
á quien saludó en su vida,
y á ese le tengo yo atado
muy corto; ni cuatro veces
se habrán visto en todo el año
que está aquí; le he prohibido
que la hablara, ó diera un paso
mas allá de aquella raya
de la alfombra... pero... al cabo
¿qué sabemos si el demonio?...
Fuerza es esplorar el campo,
y es mejor ir por rodeos. (*Consultándose.*)
¡Rita!... la habrán engañado;
y además... ¡no se lo digo!
Empezaré examinando
á Tomás, que él lo sabria
si hubiera gato encerrado. (*Llamando.*)
¡Tomás! Esta es otra clase
de intrigas.

ESCENA V.

DON VENANCIO, TOMÁS.

TOMÁS. Mande usté, mi amo.

VENANC. Oye y dime la verdad
en lo que á preguntar voy,

¿estás?

TOMÁS. En decirla estoy
con toda formalidad.

VENANC. En las casas, yo sé bien
que hay asuntos reservados,
cosas que ven los criados
y que los amos no ven.
Tú en la mia hace que estás
casi un año.

TOMÁS. Le hará pronto.

VENANC. No tienes pelo de tonto,
y si hay algo lo sabrás.
Yo de Irene soy tutor,
y saber si tiene intento
algun entretenimiento
por ahí, ¿eh?

TOMÁS. ¡Sí, señor!

VENANC. ¿Sí?

TOMÁS. Desde que se levanta,
como es tan viva y traviesa,
en todo el dia no cesa,
cose, borda, lee, canta.

VENANC. No me seas importuno;
no pregunto eso.

TOMÁS. Adelante.

VENANC. ¿Que si tiene algun amante?

TOMÁS. ¡Ah, ya! ¡Sí, señor! Ninguno.

VENANC. ¡No me lo calles!

TOMÁS. ¿Por qué?
Para lo que á usted convenga
no juro que no le tenga,
mas juro que no lo sé.

VENANC. Pues mira, me causa grima
y en verdad no lo esperaba;
yo, que tanto deseaba
soltar la carga de encima.

TOMÁS. Pues mire usté, otros tutores
no lo suelen desear.

VENANC. ¿Por qué?

TOMÁS. Porque administrar...

VENANC. Tiene muchos sinsabores.

TOMÁS. Mas todo administrador,
como enfermo que se enjuaga,
dice el refran que algo traga.

VENANC. ¡Eh! no seas parlador.
Yo lo que deseo es ver
si se coloca, y no mas;
pero ya se ve, Tomás,
sin novio, ¿cómo ha de ser?
(*Con muestra de confidencia.*)
Con mi perspicacia y tino,
temiéndome este percance,
traje para último trance
á mi casa á mi sobrino:
ya hará de que vino un año
cuando tú, y yo me alegrara
mas de que ella se casara
con él que con un estraño.

TOMÁS. ¡Ya se ve!

VENANC. Decia yo:
si arrimo la estopa al fuego
llega el diablo y sopla luego,
y... ¿qué tal?

TOMÁS. Pues no sopló.

VENANC. ¿Qué sabemos si al descuido?...

TOMÁS. Creo que no haya soplado,
pues por lo que yo he notado
la estopa no se ha encendido.
¿Y cómo ha de suceder
cuando no se ven siquiera?
¡Para que el fuego prendiera
tendria el diablo que hacer!
Lo poco que él por acá
suele parar, tiene el vicio
de entrarse como un novicio
en su celda, y allá está.
En silencio como sombra
entra y sale por ahí;
y nunca pasar le ví
de esa raya de la alfombra.
Y ella, aunque en su habitacion
trabaja y bulle y trastea,
muy raro es que se la vea
por esta demarcacion.
Comiendo en horas distintas
ni aun á la mesa se ven,
de modo que...

VENANC. Sí, está bien...
mas no es tal como lo pintas.
Cosa fué muy natural
no dejarlos intimarse,
pero han podido encontrarse
así, en terreno neutral.
Tú que eres indagador,
ya habrás visto por ahí...
¿eh?...

TOMÁS. Desde que estoy aquí
nada.

VENANC. ¡Vamos!

TOMÁS. ¡No, señor!

VENANC. Entonces no habrá soplado
el diablo.

TOMÁS. ¡Pche! todavía
no es tarde.

VENANC. No.

TOMÁS. El mejor dia
sopla, y asunto acabado.
Y si á usted le interesó,
todo se debe arreglar;
yo me encargo de soplar
por el diablo.

VENANC. ¿Cómo?... ¡no!
lo prohibo formalmente;
¿qué es lo que quieres hacer?
Esas cosas han de ser
lo mas espontáneamente.

TOMÁS. Me guardaré del intento.

VENANC. Bien: pero si ves no obstante
algun síntoma alarmante,
avísamelo al momento.

TOMÁS. Bueno.

VENANC. Síguelеs la pista,
que te valdrá mas de un gaje.

TOMÁS. (*Ap.*) ¿Cómo?

VENANC. Y dispónme mi traje
para ir del pleito á la vista. (*Vase Tomás.*)
Pues este nada ha observado:
pero ¿podré confiar
en su astucia? ¿ha de bastar
la palabra de un criado?
¡No!... por mí mismo es mejor
indagar lo que conviene;
aquí mi pupila viene.

ESCENA VI.

IRENE, DON VENANCIO. (*Irene por la puerta de la izquierda.*)

IRENE. ¡Buenos dias, mi tutor!

VENANC. ¡Buenos, mi pupila hermosa!

IRENE. Me alegro encontrarle á usté;

le iba á buscar.
VENANC. ¿Para qué?
IRENE. Para muy poquita cosa.
VENANC. Ya sabes tú que mi celo
es en obsequiarte largo.
IRENE. Iba á hacerle á usté el encargo
de unas marcas de pañuelo;
se dan ahora en llevar
todas las letras bordadas
góticas tan historiadas
que yo no las sé pintar.
VENANC. Sí, ya sé que son los lujos
de ahora; ¿y las de tu nombre
que pinte quieres? Soy hombre
que no entiende de dibujos.
IRENE. Pero compre los dechados,
ó mándelas dibujar.
VENANC. ¿Y á qué tanto rodear?
te los compraré bordados.
IRENE. ¡Eh, no, señor! eso no.
VENANC. ¿Porque no gaste dinero?
¡Qué importa!
IRENE. No, nada; pero
quisiera bordarlos yo.
VENANC. Bien: ya tu gusto adivino;
pero lo mas acertado
fuera habérselas mandado
perfilar á mi sobrino.
IRENE. ¿Dibuja?
VENANC. Con perfeccion;
¡vaya!
IRENE. Pues no lo sabia;
y es mas, no me atreveria
á pedir nada á ese huron.
VENANC. Sí, con todos es huraño;
pero creo que contigo...
¿eh?
IRENE. ¿Qué dice usted, conmigo?
Hace ya que vino... un año;
dos ó tres primeros dias
estuvo atento y cortés,
muy fino; pero despues,
¡qué cara de Jeremías!
Si le he visto algun instante
de pasada, hizo á lo mudo
con la cabeza un saludo, (*Imitando un saludo brusco.*)
así... y prosiguió adelante.
Ya de su genio á sabiendas
le hablé un dia, y contestó
tres veces *sí* y tres que *no*,
como en un juego de prendas.
¡Y estudia para abogado!
VENANC. Se va pronto á recibir.
IRENE. Pues no habrá mas que pedir
de serio en siendo togado.
VENANC. ¡Vamos! que á pesar de todo
ya te habrá dicho...
IRENE. ¡A mí nada!
VENANC. ¡No me lo niegues, taimada!
Claro no, pero á su modo.
IRENE. Ni así, y estoy resentida
de no verle mas galante;
no soy tan fea que espante,
¡pues!
VENANC. ¡Eh! ¡Fíngete ofendida,
cuando yo que le has gustado
desde el principio entendí!
IRENE. ¿De veras? pues si es así,
mucho lo ha disimulado.
VENANC. Y vamos, á ti ¿qué tal
te ha parecido tambien?
IRENE. ¿A mí? su figura bien,
pero su genio muy mal.
Así es que aun á haber sabido
que dibuja con primor,
á pedirle ese favor
nunca me hubiera atrevido.
VENANC. Pues yo se lo mandaré,
y verás qué diligente...
Es un muchacho obediente.
¡Pepe! (*Llamando á la puerta de la derecha.*)
IRENE. Sí, llámele usted.
Me alegro.
VENANC. (*Id.*) ¡Pepe!
PEPITO. (*Dentro.*) ¡Señor!
VENANC. Sal en el momento aquí.
(*Ap.*) Estando juntos, así
puedo observarlos mejor.
(*Aparece Pepito por la puerta derecha en traje de casa.*)

ESCENA VII.

DON VENANCIO, IRENE, PEPITO.

PEPITO. ¿Qué manda usted, tio?
VENANC. Ven.
PEPITO. (*Ap.*) Ella.
(*Al ver á Irene la saluda con un movimiento de cabeza.*)
IRENE. (*Contestando lo mismo, ap.*) ¡El saludo obligado!
VENANC. (*Ap.*) Vamos, no se han inmutado.—(*A Pepito.*)
¿Sabrás hacerlo tú bien?
PEPITO. ¿Qué?
VENANC. Por gótico modelo,
segun por moda se tiene,
dibujar su nombre á Irene
para marcas de pañuelo.
PEPITO. Sí.
IRENE. Y usted dispensará
que se le haya molestado;
aquí el tutor se ha empeñado,
que yo...
VENANC. Bien, y ¿qué mas da?
IRENE. Sí que da, porque parece
que el señor está conmigo
no sé como...
VENANC. ¡Bah!
IRENE. Y lo digo
ya que la ocasion se ofrece.
PEPITO. Señor, en tal ocasion
me quisiera disculpar;
ya ve usted que debo dar
alguna satisfaccion.
VENANC. ¿Y qué me dices á mí?
Cuidado con... (*Bajo á Pepito.*)
PEPITO. (*Bajo á D. Venancio.*) Le tendré.—
Irene, dispense usté;
¡cómo ha de ser! soy así,
Mas aunque no puedo dar
las razones de la ofensa,
solicito su dispensa.
VENANC. (*Ap.*) Aquí es preciso atajar.—
A ver si aquí en un momento
con el lápiz... (*Tratando de separarlos.*)
PEPITO. Sí, ya voy. (*A Irene.*)
¡Si usted la diera!...
IRENE. La doy.
PEPITO. Con eso quedo contento.
Y á pesar del gesto adusto,

cese usted de estar dudosa
de que si ordena una cosa
no sea hacerla mi gusto.

IRENE. ¡Gracias!

VENANC. Mira, en un instante...

IRENE. (*Ap.*) ¿Será cierto?

VENANC. (*Hace sentar á Pepito.*) Y con primor
aquí sobre el velador. (*A Irene.*)
Ya has oido lo bastante,
Rita te las llevará.

IRENE. Si... bien... (*A Pepito.*) ¡Abur! (*Vase.*)

VENANC. (*Ap.*) ¡Guarda, Pablo!
no sea que sople el diablo...
¡Si es que no ha soplado ya!

ESCENA VIII.

DON VENANCIO, PEPITO. (*Este se ha procurado papel y lápiz, y principia á dibujar, cuando le interrumpe su tio.*)

VENANC. ¡La tenias enfadada!
¡Etiquetillas de amor!
Algun melindre...

PEPITO. (*Admirado.*) ¡Señor!

VENANC. ¿Qué la habias hecho?

PEPITO. ¡Nada!

VENANC. No lo ha podido ocultar;
¡y á mí!...

PEPITO. Tio, yo no sé
qué ha de ocultar sino hay qué.

VENANC. ¡Vente tú á disimular
tambien! ¿Por qué era el enfado?

PEPITO. (*Con aire de resolucion y levantándose.*)
Señor, el enfado ha sido
por lo bien que yo he cumplido
preceptos que usted me ha dado.
Cuando aquí llegué y la ví,
tratéla con la atencion
que exige la educacion...

VENANC. Eso yo mismo lo ví.

PEPITO. Pero usted al tercer dia
me dió por órden severa
que no la hablara ni viera
porque así le convenia.

VENANC. ¡Toma, toma!

PEPITO. Y demarcando
límite escaso á mi pié,
aquí mismo dijo usté
esas puertas señalando:
«Ella allí; tú allí estarás,
y un abismo entre los dos;
si la encuentras un *adios*,
y cuidadito con mas.
Mientras estés á mi sombra
ten presentes esas bases,
¿estás? ¡Mira no me pases
de esa raya de la alfombra!»

VENANC. ¡To, to, to!

PEPITO. Yo, que interes
en contrario no tenia,
no la hablé desde aquel dia,
y ese es el enfado.

VENANC. ¡Pues!
¡Fíngete ahora el bendito!
Creo que en esta ocasion
la misma prohibicion
te ha escitado el apetito.

PEPITO. No, tio; tan solamente
siento por mandato ajeno
parecer brusco.

VENANC. Sí, bueno;
pero, vamos, francamente,
á pesar de todo, de ella
te has enamorado.

PEPITO. ¡Yo!

VENANC. ¡Vaya!

PEPITO. (*Desconcertado.*) ¿Enamorarme?... no.

VENANC. ¿Y por qué no? Es rica, es bella,
jóven... ¡Era natural!

PEPITO. No importa.

VENANC. Vamos, de juro
quieres pasar por seguro
de incendios de amor.

PEPITO. No tal.
Hombre soy y nada humano
pienso que de mí es ajeno;
y es linda, y tengo á lo bueno
por mejor que lo mediano,
que no soy ningun cartujo;
mas desde la órden aquella
juro que no hablé con ella
hasta lo de este dibujo.

VENANC. ¡Pche! seria aprension mia,
pero se me figuró
que...así... vamos... ¡qué sé yo!

PEPITO. Sí, tio, aprension seria,
su misma queja ..

VENANC. Sí, ya
veo que has sido prudente;
sigue siéndome obediente
que al fin no te pesará.
Mira, ya de tu pension,
con ahorros que juntara
mandé que te se equipara
de todo con profusion;
con el resto y algun poco
que yo te adelanto, creo
que alcancemos un empleo...

PEPITO. ¿Comprado?

VENANC. Sí.

PEPITO. ¡Está usted loco!

VENANC. ¡Qué! ¿tienes por imposibles
de hallar empleos comprados?
¡Si ya están clasificados
de artículos comestibles!
Y aprontando su valor
á los que en el ajo entienden,
hace siglos que se venden
por mayor y por menor.

PEPITO. ¿Y á qué empleo para mí?

VENANC. Te quiero redondear;
nos vamos á separar
tal vez.

PEPITO. ¿Por qué?

VENANC. Porque sí.
Voy á mudarme de casa
y á tí te pongo á pupilo;
vivirás libre y tranquilo.

PEPITO. ¿Y por qué es eso? ¿Qué pasa?

VENANC. Nada, pronto se sabrá.
Dibuja eso y cuando esté
dáselo á Rita.

PEPITO. Lo haré.

VENANC. Rita se lo llevará.

ESCENA IX.

DON VENANCIO, PEPITO; TOMÁS, *por la derecha.*

TOMÁS. Señor, la ropa está lista.

VENANC. ¿Con que estás, Pepe?

PEPITO. Ya estoy.

VENANC. Ven, ayúdame. (*A Tomás.*)
TOMÁS. Allá voy.
VENANC. ¡No me los pierdas de vista! (*Bajo á Tomás.*)
TOMÁS. ¿A quién, señor? (*Id. á D. Venancio.*)
VENANC. (*Id.*) ¡Toma! ¿á quién?
A este y á la otra. Un momento
vas á entrar en mi aposento
á ayudarme, y despues...
TOMÁS. (*Id.*) Bien.
VENANC. (*Se dirige á salir por la derecha seguido de Tomás, y al llegar á la puerta vuelve hasta donde está Pepito dibujando.*)
Oye tú... (*Ap.*) No sea ella
que el demonio...—Ten presente
que vuelve á quedar vigente
la prohibicion aquella.
No la verás ni hablarás,
seguid lo mismo los dos;
si la encuentras, un *adios*,
¡y cuidadito con mas!
Mientras estés á mi sombra
sigue observando estas bases,
¿estás? ¡Mira no me pases
de esa raya de la alfombra!
TOMÁS. (*Ap.*) ¿De quién habla?
VENANC. Te lo ruego.
Ya ves que soy su tutor,
y el interés de mi honor...
TOMÁS. (*Ap.*) Pues ¿y la estopa y el fuego?
PEPITO. Convenido, tio.
VENANC. ¿Estás?
Con que... ¿quedas enterado?
PEPITO. Tio, pierda usted cuidado.
VENANC. Vamos, sígueme, Tomás. (*Vanse.*)

ESCENA X.

PEPITO. (*Mientras dibuja. El velador en que lo hace está á la derecha.*)
¡Qué misteriosos rodeos
tan solo por ver si acaso
habia dado algun paso
mas allá de sus deseos!
Bien visto tiene razon
para sospechar, cualquiera
puesto en mi lugar hubiera
caido en la tentacion.
Estando juntos aquí...
ha sido una tontería
no... mas la fortuna mia
me tiene sujeto así.

ESCENA XI.

PEPITO; IRENE, *por la izquierda con recelo.* (*Pepito continúa su tarea sin verla.*)

IRENE. (*Ap.*) Aquí está; bien lo pensé:
dibuja; para llegar
lo que deseo á indagar
es preciso darle pié.
Ni habia pensado en ello
al verle tan retirado,
mas, curiosidad me ha dado
lo que el tutor dijo; aquello
de que le gustaba.
PEPITO. (*Ap.*) Es bella,
jóven... rica.
IRENE. (*Ap.*) ¡Lo he de ver!
PEPITO. (*Ap.*) ¡Y á mí me gusta!... y tener
que fingir... (*La ve.*) ¡Uy! ¡aquí ella!
(*La saluda con un movimiento de cabeza.*)
IRENE. (*Ap.*) ¡Calle! ¡otra vez el saludo!...
¿el de marras? ¡Habrá loco!
Tan cumplidito hace poco,
y ahora vuelve á hacerse el mudo.
Pues yo te he de hacer hablar.
PEPITO. (*Ap.*) ¡Si el tio llega á salir!
IRENE. ¡Eso se llama cumplir!
Se puso usté á dibujar
ya las letras que encargué.
PEPITO. Sí. (*Con recelo.*)
IRENE. ¡Gracias! Si con que yo
lo agradezca basta...
PEPITO. (*Con timidez y reticencia.*) ¡Oh!
IRENE. ¿Y puedo yo hacer mas?
PEPITO. (*Id.*) ¡Pche!
IRENE. Diga usted, amigo mio. (*Se adelanta.*)
PEPITO. (*Ap.*) Ya está de la raya un paso.
IRENE. ¿Qué mas?...
PEPITO. (*Ap.*) ¡Ya pasó! Este caso
no le ha previsto mi tio.—
¿Qué mas quiero?... Nada, Irene,
IRENE. Bien poco cuesta pagar
un tan corto desear.
PEPITO (*Ap.*) ¡Válgame Dios, si ahora viene!
IRENE. Ya que á su costumbre infiel
fué usted amable conmigo
una vez, que siento digo
no poder cumplir con él.
PEPITO. ¡Una vez!
IRENE. Es la verdad;
y si algun premio desea,
dígame usted el que sea,
no quede por cortedad.
PEPITO. ¡Irene!
IRENE. Ya que alcancé
ese lauro...
PEPITO. ¡Basta!
IRENE. ¡No!
No basta; no quiero yo
tales deudas con usté.
PEPITO. Basta, sí; que ya estoy frito: (*Se levanta.*)
y aunque se incendie la casa,
lo que es de ahora no pasa
sin esplicarme clarito.
Mucho fué callar un año,
tiene usted mucha razon,
y pues llegó la ocasion,
verá usted si soy huraño.
Hasta ahora si lo fuí
con usté á despecho mio,
fué porque mi señor tio
me dijo al llegar aquí:
«Ella allí; tú allí estarás,
y un abismo entre los dos;
si la encuentras, un *adios*,
¡y cuidadito con mas!»
IRENE. ¡Cómo!
PEPITO. «Mientras á mi sombra
estés, observa esas bases;
¿estás? ¡Mira no me pases
de esa raya de la alfombra!»
IRENE. ¿De cuál?
PEPITO. (*Señalando.*) De esa que está ahí.
IRENE. ¡Que no diera usted un paso!
¿Y por qué le hizo usted caso?
PEPITO. Es cierto que no debí.
Hasta él mismo ya recela
que yo no lo haya cumplido;

hace un momento ha querido
sonsacarme con cautela.

IRENE. Toma, pues á mí tambien
cuando aquello del pañuelo...

PEPITO. Me da en que pensar su celo;
pero en fin, yo cumplí bien;
y eso que era tentacion,
siendo usted jóven y bella.

IRENE. Mas para caer en ella,
aun fué corta la razon.

PEPITO. No tal, que es sobrada entiendo
cuando, á pesar de ese abismo,
vé usted que estoy ahora mismo
en la tentacion cayendo.
Pero en ella al incurrir
nó temo su enojo, nó;
temo, sí, que usted...

IRENE. ¿Que yo
le vaya ahora á decir
que despues de saludarme
entre mudo y entre uraño,
así... á lo cartujo un año
hoy por fin llegó usté á hablarme?
Cierto, ¡seguro que fué
atreverse por demás!

PEPITO. ¡Qué, no!... si me atrevo á mas,
me atrevo á quererla á usté.

IRENE. ¡Cómo! ¿de veras?

PEPITO. (*Adelantándose.*) ¡Oh! ¡vaya!
y á estar de ella enamorado,
perdido, loco...

IRENE. (*Deteniéndole.*) ¡Cuidado!
no pase usted de la raya.

PEPITO. Otro, Irene, es el temor
que mas que ese me acobarda.

IRENE. ¿Y es?

PEPITO. ¿Qué acogida le aguarda
en ese pecho á mi amor?

IRENE. ¿Qué merece amor tan ruin
que estar todo un año pudo
como amor de sordo-mudo?

PEPITO. Pero que ha parlado al fin.

IRENE. Un amor que de su sombra
asustado, pudo estar
todo un año sin pasar
de una raya de la alfombra.

PEPITO. Pero que al cabo... (*Quiere dar un paso mas.*)

IRENE. (*Se retira.*) Si, bueno;
podrá pasarla: corriente;
pero no se hizo el valiente
sino desde su terreno.
Ahora veremos...

PEPITO. ¡Oh! ¡bah!
(*Quiere adelantarse, Irene le detiene.*)

IRENE. Poco á poco, señor mio,
que si lo sabe su tio...
¡Ay, Jesus, lo que le hará!

PEPITO. ¡Ah! bien.

IRENE. Al talion sentencio;
vuelva usted á estarse huraño,
y á no pasarla en otro año.

PEPITO. Mas durará mi silencio;
pronto dejaré esta casa...
me lo ha dicho el tio ahora.

IRENE. ¿Es de veras?

PEPITO. Sí, señora.

IRENE. ¿Por qué?

PEPITO No sé lo que pasa.
Mas celebro la ocasion;
y pues que la supe amar,
al menos pude probar
que no soy ningun huron.

IRENE. Y basta: ¡amor! ¿tu deseo
es tal, que es posible que haya
un hombre á quien una raya
le parezca un Pirineo?
¡Fuerte será una pasion
que tan pronto desalienta,
llevando un año de cuenta
antes de la tentacion!

PEPITO. Quiere usted volverme loco,
Irene; á ningun cristiano
se le carga así la mano;
sí ó nó, que cuestan poco:
el nó bien me lo temí
y no me coge de susto.

IRENE ¿Y le daria á usted gusto
si le dijera que sí?

PEPITO. ¿Paso ó no paso?

IRENE. Alto allá.

PEPITO. ¿No puedo pasarla?

IRENE. No.
¿Pero si la paso yo
no dá lo mismo? (*Se adelanta.*)

PEPITO. Sí da.
Pero esto ¿qué significa?

IRENE. ¿Tras de tímido inocente?

PEPITO. ¿Acepta usted complaciente?
¡Ah, Irene! usted vivifica
mi esperanza, y este amor
que callado estuvo aquí... (*La toma una mano.*)

IRENE. ¡Jesus! ¡Si nos viera así
nuestro buen tio y tutor!

PEPITO. Evitar nos convendrá
que sepa lo que procura,
porque á mí se me figura...

IRENE. ¿Qué?

PEPITO. Nada... ya se verá.
De todos modos los dos
firmes habremos de ser.

IRENE. ¡Y á ver lo que hemos de hacer!

PEPITO. ¡Ay! ¡Tomás! Adios. (*Vase por la derecha.*)

IRENE. Adios. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XII.

TOMÁS, *que ha salido por la derecha y permanece solo un momento.* DON VENANCIO *despues, por el mismo lado.*

TOMÁS. ¡Vamos, sopló el diablo aquí!
Tengo la nariz muy fina
y me huele á chamusquina.
¿Y á qué ocultarse de mí?
Digo, ¡si lo viera el amo
que encargó lo de la raya!
¿Y cuando pregunte? ¡Vaya!
¡Andana es como me llamo!
La estopa al fuego arrimó,
y luego por no querer
que sople el diablo, á mi ver
él mismo fué quien sopló.
¿No lo quiso así? pues ya
creo que la ve lograda.

VENANC. Oye; ¿no atisbaste nada?

TOMÁS. Nada.

VENANC. ¿Nada?

TOMÁS. Nada.

VENANC. ¡Bah!
Pues continúa la pista,
y procúrame impedir...

TOMÁS. Que sople...

VENANC. Si; yo á salir
voy de ese pleito á la vista.
Vigila, ¿estás?
TOMÁS. Bueno.
VENANC. ¡Adios! (*Vase.*)
TOMÁS. ¡Váyase usted con salud! (*Bajando.*)
¡Eh! ¡viva la juventud
y arda Troya! A ver los dos.
(*Junta las butacas de los dos celadores.*)
¡Señorito! (*A media voz á la puerta de la derecha.*)
¡Señorita! (*Id. á la izquierda.*)
¡Venga usted! (*A la otra.*) ¡Salga usté acá!
VENANC. No te descuides... (*De vuelta á Tomás.*)
TOMÁS. (*Sobresaltado é indicándole la salida.*) No; ¡cá!
VENANC. Bien. ¡Adios! (*Vase.*)
TOMÁS. ¡Mosca maldita!
(*Irene y Pepito se presentan á los lados.*)

ESCENA XIII.

IRENE, PEPITO; TOMÁS, *escuchando en el foro*; RITA, *dentro.*

PEPITO. ¿Qué hay?
IRENE. ¿Qué es?
TOMÁS. (*Bajando.*) Se fué. Con llaneza;
el tio ya no está aquí;
fíense ustedes de mí
y perdonar mi franqueza.
PEPITO. ¿Cómo?
TOMÁS. Negarlo es de mas,
con que obremos en union
y aprovechar la ocasion.
PEPITO. ¿Eh? (*A Irene.*)
IRENE. Tiene razon Tomás.
PEPITO. ¿Y Rita?
TOMÁS. Charlar sin tasa,
que yo haré la centinela.
(*Sube al foro; Pepito é Irene ocupan las butacas que colocó Tomás en medio de la escena.*)
¿Quién vive?
RITA. (*Dentro.*) ¡Yo!
TOMÁS. (*Doblando las hojas de la puerta del fondo.*)
¡Atrás, abuela!
RITA. ¡Abre! (*Dentro.*)
TOMÁS. ¡Atrás! que no se pasa.
(*Quedan Pepito é Irene sentados; Tomás á la puerta, que conserva cerrada.*)

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el primero.

ESCENA I.

PEPITO, IRENE, TOMÁS. (*Los primeros en la misma situacion en que quedaron al caer el telon para el acto anterior. Tomás á la puerta del foro, que deberá estar abierta.*)

PEPITO. ¿Con que quedamos en eso?
IRENE. Y aunque te aparte de aquí
no importa, confía en mí.
¿Temes?
PEPITO. No; pero confieso
que no me atrevo á esperar...
luego el tio... ya se ve...
IRENE. Todo lo alcanza la fe.
PEPITO. ¿Me amas?
IRENE. ¿Lo puedes dudar?
PEPITO. No, pero...
IRENE. ¡Qué necedades!
Mas dudarlo yo pudiera,
que hube de ser la primera
en romper hostilidades.
Creo que pronto los dos
seremos ..
PEPITO. ¡Amada Irene!
TOMÁS. ¡Que viene el tio! ¡que viene!
PEPITO. ¡Adios! ¡hasta luego!
IRENE. Adios.
(*Vanse Tomás por el foro, Pepito por la derecha, Irene por la izquierda.*)

ESCENA II.

DON VENANCIO, DON RUPERTO, *por el foro.*

RUPERT. Ya lo vió usté, el escribano
así por bajo de cuerda
nos dijo que ya está dada
en nuestro pro la sentencia.
¿Oyó usted qué pico de oro
el abogado?... ¡Qué lengua!
Con que vengan esos cinco
y que sea enhorabuena.
VENANC. ¡Gracias! ¡gracias, don Ruperto!
esto es, á nombre de ella,
de mi pupila; porque es
la que gana la contienda;
que yo, sí, me congratulo;
pero...
RUPERT. Repito, que sea
enhorabuena. Si usted
se casa, en casa se queda
todo y viene á ser lo mismo.
VENANC. ¿Y qué sabemos?
RPERT. ¡Pues fuera
buena cosa que despues
que usted maduró la breva
y se ha gastado el dinero,
al querer ahora cogerla
dijera que no la niña!
VENANC. ¿Qué? ¡sí! ¡pues estaba fresca!
RUPERT. ¿Pues qué?...
VENANC. No pienso apelar
á tales estratagemas;
pero figúrese usted
que yo tuviera dos cuentas
de tutoría distintas,
unas malas y otras buenas.
La presento la demanda
y me atengo á la respuesta.
Dice que sí; yo marido
debo sufrir residencia
como tutor ante el juez
por no haber parientes de ella;
y ya ve usted que en tal caso
lo seria de conciencia
no darla las cuentas justas
cuando menos: me contesta
que no; pues en ese otro
se la guarda, se la estrecha;
y si despues de todo eso
algun novio se presenta,
pongo las malas en ristre
y veremos si se arresta.
RUPERT. ¡Compadre! ¡estoy admirado!
¡Lo que sabe usted! ¡Qué tretas!
VENANC. ¡Y qué! ¿cree usted que yo
semejante cosa hiciera?
Era indicarle que así

se podria... mas yo...
RUPERT. ¡Apenas!
¡Buen angelito es usté!
Apostaba la cabeza
á que tiene usted ya en limpio
en dos distintas carpetas
las cuentas para ambos casos.
VENANC. ¡Malicioso!
RUPERT. ¡Friolera!
VENANC. Pero, en fin, ya se acabó,
ya salimos de faenas;
¡me tenian ya mas harto!...
Y diga usted, ¿la sentencia
cuándo se sabrá de oficio?
RUPERT. Mañana...
VENANC. Solo nos resta
lo del empleo al sobrino:
¿será de mucha molestia?
RUPERT. En pagándolo hoy, mañana
está el nombramiento en regla.
VENANC. ¿Con que es cosa así tan fácil?
RUPERT. Como usted lo oye.
VENANC. ¿De veras?
Pues mire usted, voy ahora
á soltarle la moneda,
y á ver si mañana mismo...
RUPERT. Estará la cosa hecha.
VENANC. Diga usted, ¿podrá fiarse?...
RUPERT. ¡Calle usted! ¡Pues aunque fueran
hombres de tres al ochavo!
¡Si son todos escelencias!
VENANC. Pero los que así subastan
lo que la patria reserva
para premio del valor
ó del mérito, aunque tengan
honores y tratamientos
no tendrán mucha conciencia.
RUPERT. ¡Eh, no tenga usted cuidado!
VENANC. ¡Pche! y oiga usted; ¡si quisiera
desempeñar de camino
otra fácil diligencia!...
RUPERT. ¿Cuál?
VENANC. Buscar un pupilaje
donde el sobrino pudiera
estar á nuestro cuidado
con arreglo y con decencia.
RUPERT. ¡Calle usted! Cuando me dió
esta mañana la nueva
de que iban á separarse,
al bajar por la escalera
me acordé de una familia,
gente honrada de mi tierra,
que tiene cerca de aquí
casa de pupilos puesta.
Sí, señor; yo veré luego
si es que tienen conveniencia.
VENANC. Pues no lo descuide usted.
RUPERT. ¡Hola! ¿le entró á usted la prisa?
VENANC. Voy por esa cantidad.
RUPERT. Espero.
VENANC. ¡Pobre gaveta!
vamos á darle otro tiento.
RUPERT. ¡Pobrecito! en la miseria
se va usté á quedar. (*D. Venancio sale.*) Apuesto
á que la cantidad esta
tiene tambien cual las otras
la competente hipoteca.
La pension, lo juraria,
no es hombre que vende prendas.

ESCENA III.

DON RUPERTO, TOMÁS, *que viene por el foro.*

TOMÁS. ¡Señor!
RUPERT. Se ha entrado en su cuarto;
saldrá.
TOMÁS. Traia la cuenta
del sastre del señorito
por la ropa que ha hecho nueva.
RUPERT. ¡Hola! vamos, me parece
que ya va la cosa séria;
pupilaje, ropa, empleo...
Pues por lo visto desea
tu amo hacer la fiesta pronto;
tú desearás la fiesta.
TOMÁS. ¿Pues qué?...
RUPERT. En tales ocasiones
se pesca algo.
TOMÁS. ¡Qué se pesca!
RUPERT. ¡Pues no! si se casa tu amo,
en gajes y en frioleras
algo sacarás.
TOMÁS. ¿Pues qué,
se casa el amo? ¡Está buena!
RUPERT. ¿No sabias?...
TOMÁS. No, señor.
¿Y con quién?
RUPERT. ¡Toma! con ella.
TOMÁS. ¡Ya! con ella debe ser;
pero yo no sé quién sea...
RUPERT. ¿Ella? su misma pupila.
TOMÁS. ¿Quién, la señorita?...
RUPERT. Esa.
TOMÁS. ¡Válgame Dios! ¿De seguro?
RUPERT. Hoy se vió el pleito en la audiencia,
y le ha ganado; de modo
que su fortuna es inmensa;
y ya ves...
TOMÁS. Si. (*Ap.*) Ya comprendo
aquellas estratagemas...
«¡vigila!» y el otro, «¡cielos!»—
¿Y la cosa está dispuesta?
RUPERT. Pone el sobrino á pupilo.
TOMÁS. ¿Cómo?
RUPERT. Y le equipa, y le emplea;
tiene además preparada
para vivir casa nueva.
TOMÁS. ¿Sí?
RUPERT. Creo que solo falta
una fórmula directa
del asenso de la chica.
TOMÁS. Diga usted; ¿y si dijera
que no?
RUPERT. Sí, que con tu amo
puede andarse en cuchufletas.
No sabes tú lo que valen
una suma y una resta
en cuentas de tutoría:
se arruina si no le acepta;
y en oliendo que no hay dote
que se cuente por soltera,
á pesar de su hermosura,
desde ahora para *in secula
seculorum* si viviere.
TOMÁS. Mas ¿cómo el amo pudiera?...
RUPERT. ¿Cómo? de mil modos: uno
seria tener dispuestas
como tutor cuentas dobles
por si peta ó si no peta.
Dar en un caso las unas

y en otro...
TOMÁS. ¡Ya!
RUPERT. Y si se empeña...
y si lo hará... pues jurara
que ya... ¡Oh! tiene mucha letra
menuda, ¡no se le escapa!
lo que sabe... ¡Uy! y si hubiera
cursado la curia un poco...
ni el escribano mas pécora
que le igualara.
(*D. Venancio sale con unos billetes en la mano.*)

ESCENA IV.

DON VENANCIO, DON RUPERTO, TOMÁS.

VENANC. Aquí está;
á ver si con mucha urgencia
despacha usted el asunto.
RUPERT. Bien.
VENANC. (*A Tomás.*) Y tú ¿qué traes?
TOMÁS. Esta
cuenta del sastre.
VENANC. A ver, daca:
«Importan las obras hechas
al sobrino de don...» Bueno;
dos mil trescientos cincuenta
es la suma; ¡hum! Mire usted, (*A D. Ruperto.*)
ahí va, cambie usted en moneda
y encárguese de camino
tambien de satisfacerla.
RUPERT. Bueno, bueno: uno, dos, tres...
(*Contando los billetes.*)
VENANC. Y tú dí á Irene que venga, (*A Tomás.*)
que tengo que darla ahora
unas noticias muy frescas.
TOMÁS. Voy. (*Ap.*) Y me alegro poder
prevenirla, y que esté alerta
sobre las cuentas dichosas. (*Vase por la izquierda.*)
RUPERT. Bien, la suma está completa,
incluso el descuento en cambio.
Voy con la mayor presteza
á desempeñarlo todo.
VENANC. Adios, amigo, y paciencia,
que ya nos resta poquito
de tamañas incumbencias.
RUPERT. De un agente de negocios
es la gloria andar en brega
y acumular los quehaceres
dando cima á toda empresa.
Ya verá usted si ando listo.
VENANC. ¡Abur, pues!
RUPERT. Hasta la vuelta.

ESCENA V.

DON VENANCIO, *contemplando á D. Ruperto, que se aleja.*

Omnibus de carne y hueso,
comodines por agencia;
correvediles que alquilan
firma, nombre, piés, cabeza...
mayordomos en las casas,
sota-agentes por de fuera...
Ya van quedando muy pocos
de esta casta de babiecas.

ESCENA VI.

DON VENANCIO, IRENE; TOMÁS, *que atraviesa desde la izquierda al fondo, hablando con Irene apárte y con rapidez.*

TOMÁS. Ya lo oyó usted, señorita,
unas malas y otras buenas;
pero... silencio. (*Encargando silencio.*)
IRENE. (*Ap.*) Descuida.
TOMÁS. (*Ap.*) Y cuidado...
IRENE. (*Ap.*) Estoy alerta. (*Vase Tomás.*)

ESCENA VII.

DON VENANCIO, IRENE.

VENANC. ¡Hola! (*Viéndola al volverse.*)
IRENE. ¿Qué ocurre, tutor,
que así me manda llamar?
VENANC. Cosas que te han de alegrar.
IRENE. ¿Alegres? Tanto mejor.
VENANC. En decirte me deleito
que hoy se ha visto y sentenciado
el pleito.
IRENE. ¿Y qué?
VENANC. Y se ha ganado.
IRENE. Con que... ¿ganamos el pleito?
VENANC. El que mas interesaba
ese ya dió de cabeza;
pero aun hay otro que empieza
en donde el tuyo se acaba.
IRENE. ¡Hola!
VENANC. Sí; en negocio tal
cada cual su pleito tiene,
y el tuyo se acaba, Irene,
y empieza...
IRENE. ¡El de otro!
VENANC. ¡Cabal!
Para orillar el primero
mucho he tenido que hacer;
ir, y venir, y volver;
gastar... paciencia y dinero...
¡mucho! mas de tal afan
al fin, ganas la contienda.
IRENE. ¡Y se triplica mi hacienda!
VENANC. ¡Pche! las cuentas lo dirán.
Y puesto que ya á la banda
ese fué, gracias á mí,
voy á entablar ante tí
de aquel otro la demanda.
Ocho años há que mi celo,
siempre de tu bien en vela,
te ampara con su tutela;
pero... á lo pasado un velo.
Mas recuerda sin embargo
con qué tierna asiduidad
y qué cariño...
IRENE. Es verdad.
VENANC. ¡Bien puedes hacerte el cargo!
Sujetita y vigilada,
eso sí, que eres mujer;
pero en lo demás... A ver,
¿qué te ha faltado á tí?
IRENE. Nada.
VENANC. ¡Nada! como una marquesa;
y en lo supérfluo además
regalos... y... ¡No sabrás!
¡te preparo una sorpresa!
IRENE. ¿Y cuál es?
VENANC. Si te lo digo...
Mañana verás. Que no es
nada por vil interés
te consta ya.
IRENE. (*Con ironía.*) ¡Oh, sí!
VENANC. Y prosigo.
Durante el pleito pendiente
fuera cosa del demonio

el pensar en matrimonio;
pero ahora es diferente.
Eres jóven, muy graciosa...

IRENE. ¡Y rica!

VENANC. ¡Pche! eso es aparte...
En fin, si quieres casarte...

IRENE. ¿Yo? ¡no deseo otra cosa!

VENANC. Mas tambien como tutor
debo en eso intervenir;
que no fueras tú á elegir
algun lindo gastador.
Lo que mas te convenia,
como encargó tu mamá,
que fuera un hombre...

IRENE. ¡Pues ya,
una mujer no seria!

VENANC. Que fuera un hombre juicioso
quise decir... como yo,
y ese ya le tienes.

IRENE. ¡Oh!
¿Tengo ya aspirante á esposo?

VENANC. Sí, y un varon muy sensato.

IRENE. ¿Baron con B?

VENANC. No, con V.
Y te ama, y lo sabes tú.

IRENE. Hágame usted su retrato.

VENANC. Es de mi propia estatura,
de la mismísima edad,
de una completa igualdad
en pelaje y catadura.
Reconocerle podrias
en dos frases compendiosas,
porque... en fin, todas sus cosas
son lo mismo que las mias.

IRENE. No caigo...

VENANC. Pues si al pintar
algo al retrato faltó,
figúrate que soy yo
y ponte ya á meditar.
Mira bien si te conviene.

IRENE. ¡Sin haberle conocido!

VENANC. Pero qué... ¿no has comprendido
mi intencion, amada Irene?
El retrato era perfecto;
pero está mas claro así:
él es tan igual á mí
que soy yo mismo en efecto.

IRENE. ¡Cómo!

VENANC. Yo, sí, Irene mia,
quiero seguir mi tutela,
continuar siempre en tu vela,
ser mas que esposo, tu guia;
porque el amor antes niño
se va haciendo ya coscon,
y ya debe á la pasion
reemplazarla el cariño.

IRENE. Ahora lo comprendí.
Usted procura ascender
de ser mi tutor, á ser
un poquito mas, ¿eh?

VENANC. Sí,
eso es.

IRENE. ¿De veras?

VENANC. Formal;
y no hagas esos estremos,
que el que los dos nos casemos
lo hallo yo muy natural.
Pues si eso... á los ojos salta.
Yo... necesito mujer.

IRENE. Yo... marido.

VENANC. ¡Pues á ver!
los dos nos hacemos falta.
Para casarse, en rigor
amor no es necesidad;
pero á decir la verdad
yo te amo, y...

IRENE. Tanto mejor.

VENANC. Y si en tí la gratitud
puede labrar tal efecto,
no me negarás tu afecto.
No estoy en la juventud;
pero no rechazarás
mi edad, que es de juicio prenda,
que en juntando nuestra hacienda
et cétera:... ya verás.
Todo bien administrado
multiplicar... producir...
Con que si has de consentir
dilo, y asunto acabado.

IRENE. ¡Ay! tutorcito del alma,
déjeme usted meditar...

VENANC. Justo, sí, muy regular,
medítalo bien, con calma.
Y oye; si es con un estraño
tu matrimonio, es un trance
de riguroso balance,
y las cuentas te harán daño;
eso presente lo ten.

IRENE. (*Ap.*) ¡Oiga! ¡viejo del demonio!

VENANC. Y al pensar en matrimonio
no te se olvide.

IRENE. Está bien.
Pero entonces es razon,
si es que usted lo ha de alcanzar,
el que antes de meditar
si consiente el corazon,
ya que su benevolencia
sin tal balance se aviene,
hacerle antes...

VENANC. ¡Cómo, Irene!

IRENE. Ante el juez de mi conciencia.
No paso á reflexionar
de esas cosas á ninguna
sin ver si es que mi fortuna
basta para compensar
de usted el activo celo,
si es que...

VENANC. Sí, basta.

IRENE. ¡No, no!
deseo saberlo yo:
si no, juro por el cielo
que no...

VENANC. (*Ap.*) Se picó un poquito,
más yo la contentaré.

IRENE. Conque si consiente usté...

VENANC. ¡Yo, bien! (*Ap.*) Vaya, un caprichito.

IRENE. Sí, usted tiene preparados
los papeles, ¿eh?

VENANC. Yo, sí.

IRENE. Me los dejará, y así...

VENANC. Sí, ya los tengo arreglados
por partida doble.

IRENE. Mas
no puedo decir por hoy;
á meditarlo me voy,
y mañana...

VENANC. Sí, y verás:
ni el mas lindo almibarado
boquirubio, Irene mia,
con tal fuego te amaria.

¡Yo éstoy muy bien conservado!
y en casándonos los dos
ya verás lo que te espera,
ya verás.

IRENE. (*Ap.*) Si yo pudiera
avisar á Pepe...—¡Adios! (*Saluda y vase.*)

ESCENA VIII.

DON VENANCIO, *despues* TOMÁS.

VENANC. Mejor de lo que esperé
la intimacion ha acogido;
y luego si ha comprendido
lo de las cuentas... triunfé.
De hoy mas serán para mí
sus haciendas y su amor,
sin tener... (*Llama.*) ¡Tomás!

TOMÁS. ¡Señor!
¿qué manda usted?

VENANC. Ven aquí. (*Tomás se le acerca.*)
Tomás... no vigiles mas;
ya entenderás de lo que hablo,
no temo que sople el diablo.

TOMÁS. ¿No?

VENANC. No vigiles, Tomás.
Fuera inútil diligencia;
la cosa está ya arreglada
de otro modo. Y... ¿no hubo nada
mientras estuve en la audiencia?

TOMÁS. Nada.

VENANC. ¿Se hablaron los dos
ó se vieron?

TOMÁS. Nada ví.

VENANC. ¿Tú los vigilaste?

TOMÁS. Sí...
señor.

VENANC. Bien, bien; pues adios. (*Vase.*)

ESCENA IX.

TOMÁS, *despues* RITA.

TOMÁS. ¿Y qué diablos será esto?
¡Digo! ¡lo que son las niñas!
ó le engañó como hay viñas,
ó ha mudado de bisiesto.

RITA. ¡Tomás! (*Dentro; Tomás no contesta.*)

TOMÁS. (*Continuando su monólogo.*) Es verdad que yo
la previne lo que oí
sobre las cuentas, y así...
de seguro le embaucó.
Mas ¿si acaso intimidada
con la cuenta habrá cedido?

RITA. ¡Tomás! (*Algo mas cerca, pero sin aparecer todavía.*)

TOMÁS. (*Id.*) Y el otro ¿qué ha sido?
¡Se va á armar una ensalada!...

RITA. (*Id.*) ¡Tomás!

TOMÁS. (*Id.*) Puesto el caso así,
las cuentas son un baluarte;
pero el otro por su parte...

RITA. (*Ap., apareciendo por el fondo.*)
¡No lo dije! ¡estaba aquí!...
(*Se acerca con cuidado hasta él y le grita al oido.*)
¡Tomás!

TOMÁS. (*Como saliendo de su distraccion.*)
¡Voy! ¿qué manda usté?

RITA. ¿No me has oido hasta ahora?

TOMÁS. Sí, señora... y no, señora.

RITA. ¿Cómo?

TOMÁS. Yo me esplicaré.
Cuando la oigo á usté chillar
«¡Tomás!» vamos, me figuro
que no es á mí, y no procuro
por costumbre contestar.

RITA. ¿Costumbre el no hacerme caso?
pues firmaba de judía
si paras en casa un dia;
no paso mas, no lo paso.
¡Aquí soy el ama yo!
¡y un zarramplin como tú
me habia de hacer el bú!
¡No te burlas mas! ¡ya no!

TOMÁS. ¡Buenas las cosas están
para echar plantas ahora!
Esos fueros, mi señora
Rita, pronto acabarán.

RITA. ¡Cómo!

TOMÁS. ¡Si usted lo supiera!...

RITA. ¿Qué?

TOMÁS. (*Ap.*) ¡Voy á armar aquí un lio!...

RITA. ¿Qué ocurre, qué es? ¡Dios mio!
dime.

TOMÁS. Nada: ¡friolera!
Mas no alzará tanto el gallo
cuando lo sepa, en verdad.

RITA. Me entras en curiosidad:
¿qué hay?

TOMÁS. Yo lo sé y me lo callo.
Mas tenga usted entendido
que aquella torre elevada
que aun no estaba derribada
ya por el suelo ha caido.

RITA. Tú me quieres engañar;
hoy mismo lo hemos de ver.

TOMÁS. ¡Usted se empeña en saber
que el amo se va á casar!

RITA. ¿Cómo?

TOMÁS. Sí tal.

RITA. ¡Él!

TOMÁS. Él, sí,
y aquel dia se acabaron
los humos.

RITA. O te engañaron
ó tú te burlas de mí.

TOMÁS. ¡Qué burlas! si ya previene
la boda, señora Rita.

RITA. ¿Con quién?

TOMÁS. Con la señorita.

RITA. Con...

TOMÁS. La señorita Irene.
Al sobrino hoy ó mañana
le hará tomar el portante
por quitarle de delante;
y á la chica, es cosa llana,
creo que la preparó
por si no se le rendia
unas cuentas...

RITA. ¡Madre mia!
¿Y qué?...

TOMÁS. Al cabo se rindió.
Mudan de casa...

RITA. ¡Eso mas!

TOMÁS. ¡Vaya!

RITA. ¡Si no puede ser!

TOMÁS. ¿Por qué no? ¡vamos á ver!

RITA. ¡Si no puede ser, Tomás!
¡no puede ser!

TOMÁS. ¿Por qué no?

RITA. Porque... ¡cuando yo lo digo!
¡Eso quiere hacer conmigo!
Ahora voy á verlo yo.

(*Se dirige á la puerta de la derecha: Tomás la detiene.*)

TOMÁS. ¡Jesus! (*Ap.*) ¡La hemos hecho buena! —
¡Eh! ¡por Dios, señora Rita!
¿qué va usté á hacer?

RITA. ¡Quita! ¡quita!
¡casarse! ¿y yo?

TOMÁS. (*Ap.*) ¡Anda morena!

RITA. ¡Don Venancio! (*Llamando fuerte.*)

TOMÁS. (*Ap.*) ¡Se armó ya!

RITA. ¡Don Venancio!

TOMÁS. Calle usté.

RITA. ¡Don Venancio!

VENANC. (*Dentro.*) ¡Allá voy! ¡qué!...

TOMÁS. Yo me escurro por allá. (*Vase por el foro.*)

ESCENA X.

VENANCIO, RITA.

VENANC. ¡Qué es eso! ¡es fuerte rigor,
siempre quebrándome el seso
con tus riñas!

RITA. ¡Si no es eso!
Venga usted acá, señor!
(*Le coge de un brazo, le trae al proscenio y va á cerrar las puertas.*)
que tenemos que arreglar
una cuenta.

VENANC. (*Viendo á Rita cerrar.*) ¿Sí? á saber
¿qué es eso? Vamos á ver...
(*Rita, despues de cerrar, baja á colocarse delante de él, y poniéndose en jarras le dice con aire de reconvencion.*)

RITA. Con que... ¡se va usté á casar!

VENANC. ¡Calla! ¿y quién te ha dicho á tí?...

RITA. ¡Si lo sé! ¡Si lo sé yo!
¡No me lo niegue usted, no!
Y... ¿qué va usté á hacer de mí?
¿Ese pago me esperaba?
Servicios de tantos años;
¡y cuáles!... ¡Qué desengaños!

VENANC. ¡Mujer! (*Ap.*) ¡Esto me faltaba!

RITA. ¡Casarse!

VENANC. Suponte que es
cierto; tú siempre serás
el ama y tú mandarás
así... en cierto modo.

RITA. ¡Pues!
¡No lo dije! ¿Es cierto ó no?
¡No lo puede usted negar!
¡Dios mio! ¡y se va á casar
estando en el mundo yo!

VENANC. Pues me caso... porque sí,
por ser marido... me caso,
y estamos fuera del paso.

RITA. ¡Ay! ¡abandonarme así!
¡Ingrato! Si la codicia
es la que á usted le ha llevado:
ya se ve, como ha ganado
el pleito entró la avaricia.

VENANC. ¡Cómo! ¡qué! ¿habrá quien se atreva
á pensar eso tambien?

RITA. ¡El que se casa! ¿y con quién?
¡Pues buena alhaja se lleva
la pobre! ¡Y yo la he tenido
para usted tan vigilada
como oro en paño guardada!...
¡Si yo lo hubiera sabido!
Pero yo lá diré...

VENANC. ¿A quién?

RITA. A ella.

VENANC. ¡De ningun modo!

RITA. La vida que hizo usted, ¡ todo!

VENANC. ¡Ya te guardarás muy bien!

RITA. Sí, sí, viejo libertino,
se lo diré.

VENANC. No harás tal,
Rita; ¡no acabemos mal!
¡No me saques de mi tino!

RITA. ¡No se case usté!

VENANC. ¡Ya estoy!

RITA. ¿Para qué lo ha menester?

VENANC. Porque quiero una mujer.

RITA. ¡Mujer! pues y yo ¿qué soy?

VENANC. Un demonio del infierno.

RITA. Vamos, que no me decia
usté eso cuando...

VENANC. Mentia;
y oye para tu gobierno.
No hagas que mi enojo estalle,
pues como llegue á saber
que quieres decir ó hacer
algo, te planto en la calle.
Enójete ó no te enoje,
me caso, y sin mas gruñir
entre marcharte ó seguir
sirviendo en mi casa, escoge.

RITA. ¿Y seria usted capaz?...
¡Ay! le falta la conciencia.

VENANC. Lo que me falta es paciencia,
escoge y déjame en paz... (*Vase.*)

ESCENA XI.

RITA.

Así me paga el cruel
mis servicios y mi afan;
¡bien empleados me están!
¡Qué tonta he sido con él!
Ayer ama, hoy nada soy;
mañana... léjos de aquí...
¡Amas! aprended de mí
lo que va de ayer á hoy.

ESCENA XII.

PEPITO, RITA. (*Pepito sale por la derecha en traje de calle.*)

PEPITO. (*Abriendo la puerta que cerró D. Venancio.*)
¿A qué fué cerrarla ahora?

RITA. El tio es el que ha cerrado.

PEPITO. ¡Calla! ¿y qué es lo que ha pasado
que así llora usted, señora?

RITA. ¡Ay, don Pepito querido!
no será usted solamente
el que de casa se ausente;
que yo tambien...

PEPITO. Pues ¿qué ha habido?

RITA. Esto es una ingratitud:
¿no es verdad?

PEPITO. ¿Qué duda cabe?

RITA. ¡Ay! y eso que usted no sabe
de la misa la mitad.
Pero aun así, á mí tambien...

PEPITO. Pero, y bien; ¿qué es lo que pasa?

RITA. ¿Qué, no sabe usted? ¡Se casa!

PEPITO. ¡Cómo! ¿mi tio? ¿y con quién?

RITA. Con la niña; con la Irene.

PEPITO ¡Bah! ¡no puede ser!

RITA. ¿Que no?
Lo mismo decia yo;
mas ninguna duda tiene.

PEPITO. Que lo intente... no me estraña;
pero ella... no accederá;
¡si no puede ser!

RITA. Pues ya;
si él se da muy buena maña
para halagar y mentir;
si supiera usted lo artero
que es, y dulce y zalamero;
¡alguien lo puede decir!
Y luego como es tutor,
creo que la amenazaba
por si no le contentaba...

PEPITO. Con las cuentas?

RITA. Sí, señor.

PEPITO. ¡Ah! ya entiendo...

RITA. Y ya se ve;
él no es un jóven del dia,
mas conserva todavía
así un cierto... no sé qué...
¡eso sí!

PEPITO. ¡Y será capaz
de apelar para su intento
á un medio tan violento!

RITA. Sí, señor; y es muy tenaz.

PEPITO. Y ella...

RITA. ¿Qué habia de hacer?
Al verse acosada así
no sé si ha dicho que sí.

PEPITO. ¡Cómo! ¡si no puede ser!

RITA. ¡Ya se ve que no debiera!
y si usted no hubiera sido
tan tonto y tan encogido,
de otro modo sucediera.
Un año de Dios aquí
viéndola, jóven, hermosa,
rica, y sin decirla cosa.

PEPITO. ¿Y qué hacerle? (*Ap.*) ¡Pesia mi!

RITA. Y si por miedo era ya,
haberme dicho á mí: «Rita,
mire usted esta cartita,
ó esto... ó lo de mas allá.»

PEPITO. ¡Cómo! ¡qué! ¿yo á usted, señora?
cuando usted la vigilaba,
que ni un punto la dejaba.

RITA. ¡Ay! ¡harto me pesa ahora!

PEPITO. Y aun así mas me valiera
no haberme nunca atrevido
á nada.

RITA. ¿Qué es lo que he oido?
¡Usted! ¡Ay, qué bueno fuera!

PEPITO. Para verla ahora ceder
con esa facilidad;
¡necio de mí!

RITA. Si es verdad,
aun pudiéramos hacer...

PEPITO. ¡Qué, señora!

RITA. Ya veremos...
¡Ay! un ojo de la cara
diera porque usté ganara;
todos nos ingeniaremos.
¿Quiere usted? la llamaré:
ese será el mejor medio
de ver si aun queda remedio.
Voy...

PEPITO. No se moleste usté...

RITA. ¡Vamos!... no estará de mas,
¡déjese usted de retablos!
Voy. (*Ap.*) ¡Ah, viejo de los diablos,
ahora me las pagarás! (*Vase.*)

ESCENA XIII.

PEPITO.

No me atrevia á exigir
lo que esa buena mujer
al fin se ha prestado á hacer;
pero da en qué discurrir...
Es increible en verdad
que despues de lo ocurrido
hace poco, haya cedido
con esa facilidad.
Que sea sincero el sí
no puedo creer tampoco;
¡cosa es de volverse loco!

ESCENA XIV.

IRENE, RITA, PEPITO.

RITA. Ya estamos todos aquí.

PEPITO. Rita me ha dicho una cosa,
¿es cierta por mi dolor?

IRENE. ¿Que me caso? sí, señor.

RITA. (*Ap.*) ¡Mire usted la muy mocosa!

PEPITO. Irene, ¿será creible
un tan precoz desengaño
sobre el tormento de un año?

RITA. Pero, hija mia, ¿es posible?

IRENE. ¿Que me case? ¿y por qué no?

PEPITO. ¡Irene!

IRENE. Y de buena gana,
sí; antes hoy que mañana.

RITA. ¡Vamos, no decia yo!
Y habiendo un jóven cabal
y mas limpio que un espejo,
¿va usté á preferir un viejo?

IRENE. ¡Cómo! ¡qué viejo! no tal.
Y si es que me sale justo
mi plan, ¡felices los dos!
No le pido mas á Dios
sino que me dé ese gusto.

PEPITO. ¡Ah! pero ¿es posible, Irene?
¡Esto me faltaba, cielo!

IRENE. Pero...
(*Dirigiendo una mirada á la puerta de la derecha.*)

RITA. ¿Tiene usted recelo?
Yo avisaré si alguien viene.
(*Vase junto á la puerta de la derecha.*)

PEPITO. ¿Era eso lo prometido
no há nada? ¿tan poco valgo?

IRENE. ¿Le he prometido á usted algo? (*Dándole un papel.*)
Vea usted si está cumplido.

PEPITO. No me atrevo á desplegar...

IRENE. Mejor á solas seria.

PEPITO. Pero antes desearia...

IRENE. ¿Qué?

PEPITO. Desearia hablar.

IRENE. ¡Hablar! es importuno
hacer... y además aquí... (*Rita se acerca.*)

RITA. ¿Estorbo?

IRENE. No.

RITA. ¡Nada! sí:
si nuestro interés es uno.
Continuaré vigilando. (*Vuelve á la puerta.*)

IRENE. Cumple con lo que verás
escrito al momento, ¿estás?
Ya no hay que andar vacilando.

PEPITO. Pero ¿qué piensas hacer?

IRENE. A pícaro...

PEPITO. Sí, el remedio
dicen que es pícaro y medio.

IRENE ¡Oh! no tal, una mujer.
PEPITO. ¿Viene?
RITA. (*Desde su puesto.*) No; charlar sin tasa,
que yo haré la centinela.
(*Pepito despliega el papel y lee para sí. Al ver su contenido, esclama con marcada alegria.*)
PEPITO. ¡Ah!
(*Al mismo tiempo llaman á la puerta del fondo; Rita acude.*)
RITA. ¿Quién es?
TOMÁS. (*Dentro.*) Abra usté, abuela.
RITA. No puede ser, no se pasa.
PEPITO. ¡Oh! sí, sí. (*Cerrando el pliego y dirigiéndose á Irene.*)
TOMÁS. (*Dentro.*) ¿Cómo?
RITA. ¡Lo cierto!
PEPITO. Al punto.
IRENE: Pues adios.
(*Disponiéndose á salir por la izquierda.*)
PEPITO. ¿Si?
adios. (*Vase por la derecha; Irene por la izquierda.*)

ESCENA XV.

RITA, *despues* DON RUPERTO.

TOMÁS. (*Dentro.*) Abra usted aquí,
que está tambien don Ruperto.
RITA. (*Vuelve la cabeza y ve que han desaparecido Irene y Pepito.*)
¡Me los ha espantado! ¡Habrá
importuno! (*Abre.*)
RUPERT. (*Entrando.*) ¡Uf! ¡qué cansancio!
¿y mi señor don Venancio?
RITA. (*Con despego y marchándose por el fondo.*)
No sé, por ahí andará.
RUPERT. Tomás, ¿y tu amo?

ESCENA XVI.

VENANCIO, RUPERTO. (*Don Venancio sale por la derecha.*)

VENANC. Aquí estoy.
RUPERT. Ya ve usted que no he tardado.
VENANC. ¿Y bien?
RUPERT. Ya queda arreglado
todo el cometido de hoy.
VENANC. ¿Y el nombramiento?...
RUPERT. Estará
mañana sin falta alguna.
VENANC. ¿Sin percance de fortuna?
RUPERT. Por supuesto; usted verá.
VENANC. ¿Y el pupilaje?
RUPERT. Vacante
una habitacion preciosa.
VENANC. Y diga usted, ¿será cosa
de que pueda irse?
RUPERT. Al instante.
VENANC. Pepe. (*Llama.*)
PEPITO. (*Dentro.*) Señor.
VENANC. Mira, ven;
dispuesto á salir.

ESCENA XVII.

VENANCIO, RUPERTO, PEPITO.

PEPITO. Lo estaba
casualmente.
VENANC. Pues acaba
si algo te falta.
PEPITO. No.
VENANC. Bien.
Seguirás sin dilacion
al señor que va á guiarte.
PEPITO. ¿Podré saber á qué parte?
VENANC. A tu nueva habitacion.
PEPITO. ¡Cómo! ¿así tan de repente?
VENANC. Si; te pongo de pupilo
para que estés mas tranquilo:
ya te lo dije.
PEPITO. Corriente.
VENANC. ¡Nada! ya estás en viaje;
y á este no hace falta coche;
vete, y esta misma noche
te enviaré tu equipaje.
PEPITO. Cuando usted guste. (*A D. Ruperto.*)
RUPERT. ¡Contento!
Yo me hallo dispuesto ya.
(*Ap.*) ¡Siempre de aquí para allá!
PEPITO. Pues güie usted.
RUPERT. Al momento.
VENANC. ¡Adios, pues! La mano dame;
compórtate bien allí...
y no vuelvas por aquí
mientras que yo no te llame.
Ya te haré alguna visita.
PEPITO. (*Ap.*) Antes pienso yo volver.—
Adios, tio.
VENANC. Hasta mas ver.
(*Quédase viéndolos alejarse, y despues esclama con aire de satisfaccion.*
¡Uf! no falta mas que Rita.

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los anteriores.

ESCENA I.

TOMÁS; IRENE, *muy cerca de la puerta de la izquierda.*

IRENE. ¡Tú le viste!
TOMÁS. Sí, señora;
esta mañana le hablé
y todo eso le escuché;
con que esperemos ahora.
IRENE. ¿Y todo lo tiene ya
dispuesto?
TOMÁS. Dice que sí,
que no falle el golpe aquí,
que el suyo no fallará.
IRENE. ¿Y á qué hora dijo?
TOMÁS. A las tres.
IRENE. ¿Y qué hora es?
TOMÁS. Serán las dos.
IRENE. ¡Ah! pues hasta luego, adios.
(*Vase por la izquierda.*)
TOMÁS. Señorita, hasta despues.

ESCENA II.

TOMÁS, *despues* RITA.

TOMÁS. ¡Viva el embrollo! ahora va
el asunto llevadito.
RITA. (*Dentro.*) ¡Tomás!
TOMÁS. (*Sin hacer caso.*) Dentro de un poquito
el trueno gordo y ya está.
Pero el tutor... ¡qué sabemos!
RITA. (*Dentro.*) ¡Tomás!
TOMÁS. (*Sin hacer caso.*) Me parece á mí
que falla el golpe de aquí.
No cuela...
RITA. (*Entrando y llegándose muy cerca de Tomás, le grita.*)

¡Tomás!

TOMÁS. (*Sin hacer caso.*) ¡Veremos!
(*Rita se aproxima y le pellizca un brazo.*)
¡Uy!

RITA. ¡Que no me oigas jamás
aunque te llame á la oreja!

TOMÁS. ¡Sí, lo oigo! pero... ahora...

RITA. ¡Eh! deja
chanzas y dime, Tomás,
qué es del bueno del sobrino
que desde ayer no le ví.

TOMÁS. ¡Si ya no está en casa!

RITA. ¿Sí?
¿Ya le despachó? ¡habrá indino!
¿Y no sabes si dispone
algo para hacer valer
su fuero?

TOMÁS. ¿Cuál?

RITA. ¡Vaya á ver!
¡hazte el tonto!

TOMÁS. ¡Usté perdone!
No sé cuál es ese fuero.

RITA. ¡Vaya! ¿no saberlo tú?

TOMÁS. Llévela á usted Belcebú
si es que yo lo sé.

RITA. ¡Embustero!
Vamos; dime, bien sabrás
que se querian los dos.

TOMÁS. ¿Él y el tio? sí.

RITA. ¡Por Dios,
no seas posma, Tomás!

TOMÁS. Pues ¿quiénes?

RITA. La Irene y él.

TOMÁS. ¿De veras?

RITA. Mucho que sí;
si ayer, yo misma lo ví,
se hablaron... le dió un papel...

TOMÁS. ¡Vamos!

RITA. ¡Y tú tan husmon
habias de ignorar esa
novedad! ¡Vamos, confiesa
que lo sabias, bribon!

TOMÁS. ¿Y se lo ha dicho usté al tio?

RITA. ¿Quién? ¿yo decírselo? ¡qué!

TOMÁS. ¿No? pues yo se lo diré.

RITA. En que no lo harás confio.
Hoy te he estado yo atisbando,
te he visto salir y entrar
y volver, y cuchichear
con ella: ¡algo estais tramando!
¿La quiere robar de aquí?
En mis tiempos se solia...

TOMÁS. ¡Buena cuenta les tendria!
¿y las cuentas?

RITA. ¡Eso sí!
¡Ah! ¡tutoría traidora!
Y entonces ¿qué es lo que intenta?
dime. (*Tomás se encoge de hombros.*)

TOMÁS. (*Ap.*) ¿Qué va á que revienta
de curiosidad ahora?

RITA. ¿Y así lo van á dejar? (*Tomás id.*)
¿Y era ese su querer? (*Tomás id.*)
Pero... ¡si no puede ser! (*Tomás id.*)
¡No hay medio de hacerte hablar!
Mas la razon se me alcanza;
tú desconfias de mí.

TOMÁS. ¿Por qué? ¡No, señora!

RITA. ¡Sí!
pero ten mas confianza.
No sabes lo que daria
porque contra todo viento
lograran ellos su intento;
¡ay, hijos del alma mia!
¡Sí, yo tambien soy ahora
protectora de su amor!

TOMÁS. ¡Ay, si sabe mi señor
que es usté la protectora!

RITA. ¡Eh!

TOMÁS. Mas, tarde fué á llegar
esa proteccion por cierto;
bien dicen que al asno muerto...

RITA. ¡Qué!...

TOMÁS. (*Ap.*) Voy á hacerla rabiar. —
¿Qué? Pues ¡qué ha de suceder!
aunque se amen con pasion,
lo que es en esta ocasion
¿qué les sirve?

RITA. Vaya, á ver....
Si se aman en realidad,
que se busquen su acomodo
atropellando por todo.

TOMÁS. ¡Y las cuentas!

RITA. Es verdad.

TOMÁS. Su cariño ¿qué los presta
sin recursos de fortuna?

RITA. ¿No hay esperanza?

TOMÁS. Ninguna,
ningun consuelo les resta.
¿Qué pueden hacer los dos
contra el poder de ese... avaro,
si no tienen otro amparo
que el de usted despues de Dios?
Vea usted el señorito
alejado de la casa
sin saber lo que aquí pasa,
solo... ¿qué hacer?

RITA. ¡Pobrecito!

TOMÁS. Ella al cabo queda aquí
contempladita, mimada;
de seducciones cercada,
y tal vez...

RITA. Puede que sí.

TOMÁS. Y que el amo anda al cuidado.
Hoy la modista ha venido
á traerla otro vestido,
un presente inesperado:
y las grandes y pequeñas
aquel que las engalana...
si no es hoy será mañana;
dádivas quebrantan peñas.

RITA. Es verdad; lo mismo ha hecho
con alguna que yo sé,
hasta que al fin...

TOMÁS. Ya se ve,
él usa de su derecho.
Quiere casarse con ella
y ¡nada! se casará.

RITA. ¡Ay! ¡eso!...

TOMÁS. Usted lo verá.

RITA. ¡Renegaba de mi estrella!
¡hijos de mi corazon!
Si no seria mas justo
dejarlos hacer su gusto;
pero ¡ay! ¡maldita ambicion!
¡Dos almas enamoradas
tiranizarlas así!

TOMÁS. ¡Él, que tendrá por ahí
tantas cuentas atrasadas!
Pagar alguna de atrás,
casándose, era razon.

RITA. ¡Ay, que como un Salomon
estás hablando, Tomás!
Mas si nada esperan juntos,
¿qué es en lo que tú has mediado
hoy que tanto has traginado?
TOMÁS. ¡Qué, si eran otros asuntos!
No hay que dudarlo ya, sí,
¡se casa el amo!
RITA. ¡A que no!
TOMÁS. ¡Cuando se lo digo yo!...
RITA. ¡Qué será entonces de mí!
TOMÁS. De aquellos humillos fieros
se hará ceniza la brasa,
y se queda usted en casa,
y amigos y compañeros.
RITA. ¡Eso no!
TOMÁS. ¡Qué, aun la trabuca
la vanidad! ¡habrá terca!
pero aquí el amo se acerca,
Echele usté otra peluca.

ESCENA III.

DON VENANCIO, RITA. (*D. Venancio con dos mamotretos y una caja de aderezo que deja sobre un velador al entrar.*)

VENANC. ¡Hola! ¿se ha pasado ya
el arrebato de ayer?
RITA. ¡No, señor!
VENANC. ¡Cómo ha de ser!
pues él te se pasará.
¿Y escogiste? Vamos, di,
¿te vas ó quedas, qué pasa?
RITA. No, señor; si usted se casa
no quiero quedarme aquí.
Pero ¿es posible que?...
VENANC. ¡Vamos!
Rita, no quiero sermones,
déjate de reflexiones,
ó quédate ó vete, ¿estamos?
Mas martirio no me dés
si el quedarte te contenta;
si no, te ajusto la cuenta,
y Cristo con todos.
RITA. ¡Pues!
con dinero á pagar sale
lo que importe mi salario.
VENANC. Es muy justo, es tu honorario.
RITA. ¿Y el cariño?
VENANC. ¡Dale! ¡dale!
RITA. ¿Con qué se me pagará
eso?
VENANC. ¡Rita, vaya, á ver!
¿volvemos á la de ayer?
Todo se compensará;
pero eso de que te metas
en que yo me case ó no,
no he de consentirlo yo.
Mis pagas serán completas;
mas me guardaré muy bien
de indagar lo que tú harás:
y oye, ¿no valia mas
que te casaras tambien?
RITA. ¿Yo? ¡sí!
VENANC. Represalia cierta
que se me habia ocurrido.
RITA. ¡Pues ya se ve, que un marido
se halla detrás de una puerta!
¡Aunque estuviera usted loco!
¡Casarme yo! ¡Ave María!
VENANC. Tú estás fresca todavía,
¡vaya! (*Ap.*) Adulémosla un poco. —
Y aunque el tiempo malo está,
si yo te doy de presente
alguna cosa decente,
marido... ¡no faltará!
RITA. ¡Ay, si eso pudiera ser!
VENANC. ¡Nada! se echará un ojeo,
y le encontraremos creo:
en fin, veremos á ver;
no hay que abatirse por nada.
RITA. Pues mire usted, de ese modo,
si no contenta del todo,
quedaré mas consolada.
Porque, es verdad, no están buenos
los tiempos, y no vendria
mal, ya se ve; y que seria
al cabo del mal el menos;
y si es que usted...
VENANC. De eso trato.
Se buscará por ahí:
¿qué, te se figura á tí
que das con algun ingrato?
¡No!
RITA. Malo habia de ser
que al fin no hiciera su oficio
lo que...
VENANC. Sí, sí; ese servicio
lo haré con gusto, mujer:
así en paz me dejarás,
sin disputas enfadosas.
RITA. Porque al cabo...
VENANC. (*Interrumpiéndola.*) Sí...
RITA. (*Continuando su frase.*) Esas cosas...
VENANC. (*Id.*) ¡Pues!...
RITA. (*Acabando su frase.*) ¡No se olvidan jamás!
VENANC. (*Ap.*) ¡La soltó!
RITA. Si no hay mas medio...
VENANC. Sí, sí; vete consolada.
RITA. ¡Ay! pero yo...
VENANC. ¡Nada, nada!
Yo te buscaré remedio.
RITA. Si usted me hace esa merced,
me daré por muy cumplida.
VENANC. Sí, sí; descuida, descuida.
RITA. ¡Dios se lo pagará á usted!
(*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

DON VENANCIO.

¡Uf! porque en paz me dejara
seria capaz de darle...
¡Marido!... ¿y podré yo hallarle
por un ojo de la cara?
¡Qué! no hay hombre tan demás
que se atreva en matrimonio...
Y ¿dónde hallarle?... ¡demonio!
(*Tomás pasa por el foro tarareando y haciéndose sentir.*)
¡Calla! ¡Eh, mira tú, Tomás!

ESCENA V.

DON VENANCIO, TOMÁS.

TOMÁS. ¡Señor!
VENANC. Llégate aquí.
(*Contemplándole, ap.*) No es mal muchacho.
TOMÁS. Mándeme usted. (*Se acerca.*)
VENANC. (*Ap.*) Pero es una embajada
irle con tal despacho

á él que es tan tuno y tan...—No, nada, nada.
(*Tomás se dirige al foro.*)
(*Ap.*) Pero vamos á ver.—Espera un poco.

TOMÁS. Ya espero otra vez. (*Ap.*) ¿Se ha vuelto loco?

VENANC. (*Ap.*) Antes de proponerle mi deseo
busquemos un rodeo.
Veré su vocacion. (*Se le queda mirando.*)

TOMÁS. (*Ha vuelto á bajar. Ap.*) Pues es graciosa
la revista en que estoy.

VENANC. Dime una cosa:
cuando de tu quehacer te ves exento
y al ocio te encomiendas con descuido,
si ha formado quizá tu pensamiento
sus castillos de naipes en el viento,
¿pensaste alguna vez en ser marido?

TOMÁS. (*Ap.*) ¡Pregunta original!—Yo, francamente,
no me acuerdo de haberlo deseado;
pero mas de una vez que una decente
compañía del sexo diferente
no me hubiera ido mal, sí, lo he pensado...
¡Cómo ha de ser, señor! rarezas mias,
que merezcan tal vez agrios reproches;
pero ¡qué quiere usted!... y estas manías
suelen acometerme muchos dias,
sobre todo, señor, algunas noches.

VENANC. ¿Y porqué no te casas?

TOMÁS. ¡Dios nos libre!
Siendo yo un pobre sin hacienda alguna,
como simple criado de servicio,
¿cómo he de hallar mujer de tal calibre
que me traiga consigo una fortuna?
Y además... los percances del oficio.

VENANC. ¡Bah! te debes casar; y si encontraras
una mujer que...
(*Imitando la accion de contar dinero.*)
¡Vamos!

TOMÁS. ¡Por supuesto!
¡Pero esas conveniencias son tan raras!

VENANC. Pues yo creo que al fin si la buscaras
la habias de encontrar.

TOMÁS. ¡Cómo! ¿con esto?

VENANC. Sí tal.

TOMÁS. Pues yo, señor, tras de eso ando.
¡Dichoso si la hallara!

VENANC. ¿Te casabas?

TOMÁS. (*Asustado.*) ¡Yo!

VENANC. Sí, ¿qué estás pensando?

TOMÁS. Como esto fuera mucho, sí, ¡volando!

VENANC. ¿Y en cuánto fija tu ambicion la tara?

TOMÁS. Le diré á usted, señor; no sé abandona
mi ambicion á la suerte, como en rifa.
El dinero... es verdad, todo lo abona;
mas segun el aquel de la persona
así será distinta la tarifa.
Por ejemplo, señor, si ella es muchacha
de un palmito decente
con poco mas ó menos de los veinte
y sin alguna tacha,
puede que me contente
si trae para poner lo suficiente
un cajon de plazuela, una cobacha
donde vender licores y aguardiente.

VENANC. ¿Y si pasa de treinta y no es hermosa?

TOMÁS. ¡Ay! entonces, señor, es otra cosa;
y aunque dineros vencen imposibles,
no acepto la prebenda
ni me caso, si no hay para una tienda
por lo menos de aceite y comestibles.

VENANC. Que te gusta el comercio ya presumo.

TOMÁS. Sobre todo, de cosas de consumo.

VENANC. Y dime; ¿y de cuarenta?

TOMÁS. ¿De cuarenta?
¡Nunca ha entrado en mi cuenta
casarme con mujer de tantos dias!
porque á esa edad ya tienen sus manías;
y van á villa-vieja,
y se las va arrugando la pelleja.
¡Uf! cuarenta, señor, son muchos años,
y para resarcirme de sus daños
necesito lo menos lo bastante
para poder poner, ella mediante,
un comercio de lienzos ó de paños.

VENANC. ¡Pues no eres ambicioso y presumido!

TOMÁS. ¡Es que soy un muchacho muy lucido!

VENANC. ¡Que tiene quien le alabe!

TOMÁS. Lo confieso,
porque sé que no miento al decir eso.

VENANC. Pero, hombre, de esa edad se hallan sobradas
mujeres que aun están bien conservadas.

TOMÁS. Mas por la misma frase bien se observa
qué esas son ya mujeres en conserva,
y yo las quiero frescas todavía.
Y si me apura usted, ¡por vida mia!
le diré que aunque traiga ese dinero,
como pase de treinta, no la quiero.

VENANC. Pues harias muy mal, que en un apuro
mejor que niña tierna es peso duro;
y como ella te traiga contaditos
muchos, la edad te sea indiferente,
porque suele decirse vulgarmente:
«la mujer y el melon, bien maduritos.»

TOMÁS. En cuanto á lo maduro, son dos cosas;
pase para el melon; mas ¡las mujeres!
¿maduras? ¡que si quieres!
¡Cuanto mas en agraz, mas sustanciosas!
Solo una cosa del melon quisiera
que la mujer tuviera.

VENANC. ¿Cuál?

TOMÁS. El tomarse á cala
y poderla dejar si sale mala.

VENANC. Eso sí; se ven muchos desengaños;
mas ¿quién cala un melon de tantos años?

TOMÁS. ¡Uf! ¡Calle usted, señor! no tiene cuenta:
mas la quiero de ochenta ó de noventa,
porque con tres ó cuatro desazones
y cinco, ó seis, ó siete indigestiones,
ó en haciendo que tome un poco frio,
se muere antes del año, y al avío!
Mas ¡de cuarenta! aun tiene vida larga
y todo lo que viva es una carga.

VENANC. Toda mujer es carga, si se apura,
y cuanto que es mas jóven, mas nos dura.
Si al principio por serlo es mas ligera,
á vieja ha de llegar como no muera.
Y al fin y al cabo, será carga, pero...
no pesa en siendo carga de dinero.

TOMÁS. Cierto; y aun puede ser que hiciera el trato.

VENANC. Un buen gato relleno, es un gran plato.

TOMÁS. Pero son los cuarenta mucho hueso.

VENANC. Si tiene lo demás, ¿qué importa eso?
¡Vamos, que aun puede ser que te casaras,
si alguna así encontraras!

TOMÁS. ¡Hum!

VENANC. Y torpe has andado
no aprovechando la ocasion desecha,
que sin salir de aquí te ha deparado
una que, prescindiendo de su fecha,
tiene de lo demás buena cosecha.

TOMÁS. ¡Una!

VENANC. Vamos á ver, ¿no la has tanteado?

TOMÁS. ¡Yo! (*Ap.*) ¡Que hasta para mí hay indagaciones!
¿Y cuáles son aquí sus intenciones?
VENANC. ¿No caes en quién es? ¿Eh?
TOMÁS. (*Ap.*) ¡Santos cielos!
¿Qué va que hasta de mí tiene ahora celos?—
Yo... no...
VENANC. ¿En que hablo de Rita no has caido?
TOMÁS. ¡Ah! (*Ap.*) ¡La quiere endosar! Ya está entendido;
démosle cuerda.—¿Y doña Rita tiene?...
VENANC. ¿Eh? ¡Pues no ha de tener! ¡Vaya! y sobrado.
Mira si yo sabré...
TOMÁS. Por de contado.
VENANC. Y que es cosa, Tomás, que te conviene,
porque debe tener en numerario
los ahorros completos del salario,
y regalos... y gajes... y la sisa...
Y que despues... Tomás... no echarlo á risa,
si el casarte con ella te acomoda,
yo pienso en el instante
por regalo de boda
darte una buena cantidad sonante.
TOMÁS. ¡Oh! ¡pues eso ya es algo!
VENANC. ¡Vaya!
TOMÁS. Digo...
si usted se estiende...
VENANC. Sí, que ella conmigo
se ha portado muy bien en su trabajo,
y no será pequeño el agasajo;
porque además casándose contigo...
¡tú no sabes el bien que te deseo!...
TOMÁS. ¡Sí, señor, ya lo veo!
En fin, yo pensaré si me conviene,
y por poderlo hacer mas desahogado...
si me diera usted algo adelantado...
una oncita en señal, ¿qué duda tiene?
VENANC. Ninguna cuando el caso esté arreglado;
pero hasta entonces no; mira quien viene.
(*Tomás mira por la puerta de la izquierda.*)
¿Quién es?
TOMÁS. Señor, la señorita Irene.
VENANC. ¡Ah! pues tráeme aquellos protocolos
y aquí déjanos solos.
Oye, y piensa en lo dicho.
TOMÁS. (*Al irse despues que le alargó los papeles.*)
¡Lo primero!
VENANC. ¡Mira que te valdrá mucho dinero!

ESCENA VI.

DON VENANCIO.

Vamos á ver si me estancas,
suerte mia, ó si me alegras.
Estas son las cuentas negras,
y estas otras son las blancas.
¿Dónde las pondria yo?
unas aquí. (*Guardándolas en un costado.*)
Otras aquí. (*En el otro.*)
Estas si dice que sí,
y estas si dice que no.
Prevenidas así estén.

ESCENA VII.

IRENE, DON VENANCIO. (*La primera con un elegante vestido de calle.*)

IRENE. ¡Hola, tutor!
VENANC. (*Reparándola.*) ¡Hola! ¿Ya
te le has puesto? Pues te está
muy bien.
IRENE. ¿De veras?
VENANC. Muy bien.
IRENE. ¿Esta era la sorpresa
que usted me habia guardado?
VENANC. Esa; y qué tal, ¿te ha gustado?
IRENE. Mucho.
VENANC. Pues no es todo eso,
porque si yo te encontrara
como deseo encontrarte,
aun verias otra parte
que es mas bonita y mas cara.
IRENE. ¡Es este mucho tutor!
¡Qué obsequioso, y qué galan!
VENANC. Mis obsequios claro están
diciendo cuanto es mi amor.
Lo que deseo es saber
si meditaste ya aquello
de ayer.
IRENE. Sí; he pensado en ello.
VENANC. ¿Y qué tal? Vamos á ver.
IRENE. ¿Y de lo que yo exigí,
usted tutor, se ha acordado?
VENANC. Sí, lo tengo preparado,
yo no sé si aquí ó aquí.
IRENE. Pues déme usted.
VENANC. ¡No! primero
dime tu resolucion,
que yo mi satisfaccion
daré despues.
IRENE. Considero
que ha de ser indiferente.
¿Qué mas da antes que despues?
VENANC. ¡Oh! no da lo mismo.
IRENE. Pues
le diré á usted francamente...
(*Ap.*) Si pudiera yo encontrar
una fórmula indecisa...
VENANC. Vamos, anda, date prisa...
(*Ap.*) ¿Cuáles la tendré que dar?
IRENE. Harto se me alcanza á mí
que pues el pleito acabó,
debo aliviarle á usted yo
de la carga que le fuí;
mas pensar me causa grima
en mi entendimiento escaso
que si con usted me caso
se la vuelvo á echar encima.
VENANC. Antes bien me reintegras
todos mis afanes tiernos.
IRENE. ¡Antes los haria eternos!
VENANC. ¡No!
IRENE. ¡Sí!
VENANC. (*Ap.*) ¡Ay! ¡las negras, las negras!
IRENE. En cuanto á mí, gran virtud
no seria, si en defecto
de amor hicieran su efecto
el deber, la gratitud.
Y mas, que á esa edad, señor,
el pedir mi mano es
aun mas que amor interés,
interés de protector.
Pero...
VENANC. Sigue, ¿á qué te atrancas?
me la niegas *ex-profeso*.
IRENE. No he querido decir eso.
VENANC. ¡Sí!
IRENE. ¡No!
VENANC. (*Ap.*) ¡Ah! ¡las blancas, las blancas!
IRENE. Lo que he querido decir
es que á mí se me figura
que es difícil cosa y dura

tener que al amor suplir.
Porque faltar á la union
de la pasion el escudo,
es faltar al lazo el nudo;
y conveniencia y razon
suelen hacer malas suegras
en negocios conyugales,
que son cosas muy formales.

VENANC. (*Ap.*) ¡Bien decia yo! las negras.

IRENE. Sin embargo, si de mí,
pasion usted no la exige,
por lo demás se colige
que debo decir que sí;
pero como yo no sé
si se tendrá por contento
sin tal cosa...

VENANC. ¡Yo! Al momento
muy contento, ya se ve.

IRENE. ¡Con que á trancas y barrancas
se empeña usted, buen tutor,
en hacerme ese favor!

VENANC. ¡Sí! (*Ap.*) ¡Bien dije yo, las blancas!

IRENE. Pero... usted...

VENANC. ¿Has concluido?

IRENE. Sí... pero... (*Ap.*) ¡Pobre tutor!

VENANC. Vamos, ¿te causa rubor?
¡Nada, nada! está entendido.
Quieres casarte.

IRENE. Eso sí;
y deseo hacerlo pronto.

VENANC. Digo... ¡Si estaba yo tonto!

IRENE. ¿Por qué?

VENANC. Porque me temí
que tú hubieras rehusado;
pero, en fin, ya no hay de qué.

IRENE. Sí; pero recuerde usté
la condicion que ha mediado.
Si el estado de mi hacienda
no es tal que sea suficiente
á recompensar...

VENANC. Corriente;
pero es inútil contienda.

IRENE. ¡Oh! no; porque si no puedo
compensarle á usted, jamás
aceptaré.

VENANC. Bien; verás
como lo es; pierde ese miedo.

IRENE. Causárame muchas penas
lo contrario; ¡ay! y sería
cosa que la sentiria

VENANC. (*Ap.*) ¡Tendré que darle las buenas!

IRENE. Con que por mí ya he cumplido;
y procediendo en rigor,
usted ahora, tutor,
cumplirá lo prometido.
Vengan los datos.

VENANC. Espera;
porque antes quiero mostrarte
aquella segunda parte
que hará la sorpresa entera.

IRENE. No, no: ¡lo otro!

VENANC. Despues;
¿desconfias?

IRENE. No; confio;
pero... (*Ap.*) ¡Qué posma, Dios mio!
¡y ya irán á dar las tres!
(*D. Venancio toma del velador la caja y se la muestra á Irene.*)

VENANC. ¡Mira!

IRENE. ¡Alhajas!

VENANC. (*Quiere abrir y le detiene Irene.*) ¡Oh! ¡verás!

IRENE. Cosas de tanto valor
no las acepto, señor,
sin ver antes lo demás.
Que si tamaños favores
pagar despues no podia,
¡Jesus! nunca aceptaria...

VENANC. Bien, mujer, no te acalores;
ya que en tus trece te instalas
y que tanto te interesas,
toma... (*La da unas.*)
¡Eh! trae, que no son esas.
(*Ap.*) Pues ¡no la he dado las malas!
(*Quiere tomarlas, Irene se resiste.*)

IRENE. Sí son; que al primer renglon
lo tiene así consignado.

VENANC. No importa, me he equivocado.
Trae... ¡hum! (*Mira las otras.*) Mira, esas son.

IRENE. A verlas. (*Le da las que tenia.*)

VENANC. Toma. (*Le da las otras.*)

IRENE. Bien, sí;
pero, si en esas tambien
dice que son y de quien.

VENANC. Te se ha figurado así.

IRENE ¡Ah! vamos, serán iguales...

VENANC. ¡Pche!

IRENE. Ya comprendo, tutor;
este será el borrador
y esas serán las formales.

VENANC. ¡No!

IRENE. Y me habrá usted engañado;
y para que acceda, aquí
lo habrá usted puesto...

VENANC. ¡No!

IRENE. ¡Sí!
de lo vivo á lo pintado.

VENANC. No: que en forma tan cabal
está el documento, que...
hasta pudiera hacer fé
delante de un tribunal.

IRENE. ¿De veras?

VENANC. ¡Vaya, mujer!

IRENE. ¡Pues quiero ver tambien esas!

VENANC. ¿Y por qué así te interesas?...

IRENE. Porque las quiero yo ver.

VENANC. Si ese interés te reporta,
ve cual será su valor,
cuando... (*Las rasga. Ap.*) ¡Con harto dolor!
pero, en fin, ya nada importa.

IRENE. ¡Ah! bien: ya veo que no era...

VENANC. Y ahora, dí: ¿no admitirás
lo demás?

IRENE. ¡Eh! lo demás...
sí, señor, ¡lo que usted quiera!
(*D. Venancio abre la caja del aderezo y se le muestra.*)

VENANC. ¡Mira! ¡qué hermoso!

IRENE. ¡Un anillo
de muy buen gusto y bien hecho!
¡y un alfiler para el pecho!
¡qué elegante y qué sencillo!
una pulsera, un collar...

VENANC. ¡Todos de los mas vigentes!

IRENE. ¡Y lo mismo los pendientes!
¡No queda que desear!

VENANC. Oye; ¿quieres darme un gusto?

IRENE. Diga usted, será cumplido.

VENANC. Ya que te has puesto el vestido,
que te pongas será justo
toda esa visuteria;

tendria yo gusto en verte
adornada de esa suerte,
hoy que es para mí un gran dia.
Ya ves cual me he puesto yo,
esperando lo que ya
conseguí.

IRENE. (*Ap.*) ¡Qué raro está!

VENANC. Con que di, ¿quieres?

IRENE. ¡Pues no!

VENANC. Pero antes, aunque embarazo
te cueste un poco, mi vida,
¿me darás lo que te pida?

IRENE. ¿Qué es?

VENANC. Un paternal abrazo.

IRENE. (*Ap.*) ¡Allá voy! ¡cierro los ojos!

VENANC. ¿Dudas, Irene?

IRENE. No dudo. (*Déjase abrazar.*)

VENANC. ¡Oh! ¡ya verás qué á menudo
tengo yo de estos antojos!
Ahora vete á ataviar,
porque te quiero yo ver
adornada á mi placer.
¡Un capricho!

IRENE. ¡Y singular!

VENANC. Sí, sí, ¡yo mismo me rio!
mas quiero con tus preseas
ver como las pavoneas
y decir: «¡todo eso es mio!»
Anda pues; cual si á salir
fueras; atavío entero;
guantes y chal y sombrero;
que no haya mas que pedir.

IRENE. ¡Voy pues! (*Al irse.*) ¡Del mismo Simancas
costará menos trabajo
estraer cualquier legajo! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON VENANCIO.

¡Al fin se llevó las blancas!
Vete á poner las preseas
que aunque costaron dinero,
dice el refran que del cuero
han salido las correas.
Y aunque hasta ahora el refran
no es cierto aquí, lo ha de ser
en breve: todo es querer...
Pobres negras, ¡aquí están!
holladas bajo mis piés
de mi baluarte las llaves.
¡Yo tambien quemé mis naves
como lo hizo Hernan-Cortés!
Mas mi corazon se alegra
con júbilo nada escaso,
pues si con ella me caso
esa es la cuenta mas negra.

ESCENA IX.

DON VENANCIO, TOMÁS.

TOMÁS. ¡Señor!

VENANC. ¿Qué hay?

TOMÁS. El señorito.

VENANC. ¡Mi sobrino! ¿y qué?

TOMÁS. Está ahí.

VENANC. ¿Y qué viene á hacer aquí?

TOMÁS. No sé.

VENANC. ¡Pues está bonito!

TOMÁS. Quiere entrar.

VENANC. Pues le dirás
que aquí nada que hacer tiene:
¡anda pronto!

TOMÁS. Si es que viene
con tres caballeros mas.

VENANC. ¿Tres? ¡Cómo! ¿y qué puede ser?

TOMÁS. (*Ap.*) ¡Va á ponerse hecho una furia!—
Me parecen de la curia.

VENANC. Dilos que pasen: á ver.
¡Con tal séquito en mi casa!
¿Si querrá cuentas pedir
de su pension? Mas ¡venir
con tal procesion!
(*Viéndolos entrar.*) ¿Qué pasa?
¿Qué hay?

ESCENA X.

DON VENANCIO, PEPITO, *el* ESCRIBANO, *dos personas mas que se quedan en el umbral de la puerta del fondo.*

PEPITO. Usted dispensará
si, infringiendo su mandato,
vengo á darle á usted un mal rato,
tio, mas corto será.

VENANC. (*Al ver que el escribano permanece en pié cerca del fondo y que los otros no entran.*)
Caballeros, ¡adelante!
Tomen ustedes asiento.

ESCRIB. (*Sin aceptar. Los otros contestan con un saludo.*)
¡Gracias!

PEPITO. (*Al escribano.*) Acabo al momento.
Querido tio; un instante.
(*Se baja con él al proscenio.*)

VENANC. ¡Qué!

PEPITO. Vamos á hablar los dos,
del derecho antes de usar,
por si se puede arreglar
en paz y en gracia de Dios.

VENANC. ¡Hablar! ¡y arreglar! Acorta
preludio y vé de viaje.

PEPITO. Tal vez mi nuevo lenguaje
le estrañe á usted, mas no importa.
La acogida que hube aquí
y de usté el comportamiento,
conmigo, con sentimiento
callo, pues conviene así.
Aun mi paciencia celebra
lo que aquí sufrió inocente;
mas va el cántaro á la fuente
tantas veces, que se quiebra.
Yo deseché la ocasion
muchas de ellas, esó sí;
mas... ¡que quiere usted! caí
al cabo en la tentacion.
Usted mismo, ayer, durante
aquel prolijo indagar,
hizo la cuerda saltar,
que estaba ya bien tirante.
Y aunque yo de estopa fuera,
usté el fuego me arrimó,
y en vez del diablo sopló;
no fué milagro que ardiera.
Consejo que usted me ha dado
con intento bien fingido;
mas perdon si lo he seguido,
que ya es asunto arreglado.
Y solo resta que usté,
desistiendo de su tema,
dispense la estratagema
y acceda gustoso.

VENANC. ¿A qué?

PEPITO. ¡Cómo á qué! ¿qué duda tiene?
pues ¿no lo he dicho bien llano?
á concederme la mano
de su pupila.
VENANC. ¿De Irene?
PEPITO. Si, señor.
VENANC. ¿Estás en tí?
PEPITO. ¡No he de estar! de Irene digo.
VENANC. ¡Si se va á casar conmigo!
PEPITO. No lo crea usted.
VENANC. ¡Que sí!
PEPITO. Le ha engañado á usted.
VENANC. ¡Sí, ya!
¡que doy yo á torcer mi brazo!
PEPITO. ¿Ha caido usté en el lazo?
¿pilló las cuentas?
VENANC. (*Asustado.*) ¿Eh?
PEPITO. ¡Bah!
¿Me concede usted su mano
por buenas?
VENANC. ¡Eh! ¡ca! no, no.
PEPITO. ¡Ya me lo esperaba yo!
Ahora... señor escribano...
VENANC. ¡Qué! ¡por fuerza! ¡soy el rey
aquí, y nadie se desmanda!
ESCRIB. Perdone usté: aquí quien manda
soy yo, en nombre de la ley.
VENANC. ¡Cómo que usted!
ESCRIB ¡Cabalito!
VENANC. ¿Quién es?
ESCRIB. Lo diré al contado.
Un notario autorizado
por el juez de este distrito.
VENANC. ¡Ah!
ESCRIB. De su mano firmada
tengo la autorizacion,
y traigo por comision
sacarla depositada.
VENANC. ¿A Irene? ¡qué es lo que he oido!
ESCRIB. ¿Quiere usted volverlo á oir?
VENANC. ¡Si ella es quien lo ha de pedir!
ESCRIB. ¡Pues ella lo habrá pedido!
VENANC. Luego entonces significa...
que...
ESCRIB. No haga usté esos estremos;
deje usted, que ya veremos
si en ello se ratifica.
Pero así el jefe dispuso,
político, y con permiso,
que yo proceda es preciso
segun las fórmulas de uso.
VENANC. ¡Dios mio!
ESCRIB. Usté de callar
me hará el obsequio, si no
será cosa de que yo
no podré nunca acabar.
(*Saca un espediente y se cala las gafas.*)
Comparezca ante mí ahora
la señorita esponente
doña Irene de...

ESCENA XI.

DON VENANCIO, PEPITO, IRENE, *el* ESCRIBANO.

IRENE. (*En completo atavío de calle.*) Presente.
ESCRIB. ¿Es usted?
IRENE. Muy servidora.
ESCRIB. De la ley la proteccion
contra el tutor fué á implorar
para poderse casar
sin prévia autorizacion.
VENANC. ¡Ay, Irene! suelta el pico
y diles...
ESCRIB. (*A D. Venancio.*) ¡Señor!... (*A Irene.*) Señora,
¿se ratifica usté ahora?
IRENE. Si, señor, me ratifico.
VENANC. ¡Cómo! luego es cierto que...
que me ha engañado; sí, sí...
¡me engañó! ¡pobre de mí!
(*El escribano se dirige al velador, toma una pluma del tintero y escribe.*)
ESCRIB. Se ratificó y doy fe.
VENANC. ¡Infames!
IRENE. (*Con seriedad.*) Es mi derecho,
y sobre que así es mi gusto,
tutor, para ver si es justo,
meta la mano en su pecho.
VENANC. Con que... ¡falsa! me engañaste.
IRENE. Me queria usté engañar.
VENANC. ¡Dame! ¡Dame!
IRENE. ¿Y qué he de dar?
VENANC. ¡Las cuentas que te llevaste!
IRENE. Las tengo ya bien guardadas;
y pues cogerlas ha sido
no fuerza sino descuido,
serán mejor empleadas;
y si usted vengarse mal
intenta en cuentas corrientes,
sus datos se harán presentes
delante de un tribunal:
pronto anudaré mis lazos,
nada quiero á usted deber,
recoja y haga valer
de esas otras los pedazos.
Lo que en su justo provecho
esté, pagaré contenta,
y no olvide usté en la cuenta
los regalos que me ha hecho.
ESCRIB. Y usted, el dicho tutor, (*Dejando de escribir.*)
don Venancio, ¿todavía
insistirá en su porfía,
ó accede al fin?
VENANC. ¡No, señor!
¡no accedo!
ESCRIB. Vana insistencia.
VENANC. ¡Y protesto! ¡y no lo paso!
ESCRIB. No há lugar en este caso.
Estése á la providencia.
Y pues ha llegado el crítico
instante, á la ley sujeto
cumpla usted con el decreto
del señor jefe político. (*Lee.*)
«Protéjase á la esponente,
lo que pide se conceda,
y al depósito proceda
la autoridad competente.»
«Madrid, *etcétera.*»
VENANC. ¿Y qué?
ESCRIB. Que ustedes se arreglarán,
y en la casa convendrán
á que ha de ir.
VENANC. ¡Yo qué sé!
Pero, señor, ¡esto es harto!
Ya que la ley me la quita
¿por qué no la deposita
aquí en mi casa, en mi cuarto?
ESCRIB. Fuera de ella debe estar,
y ustedes han de decir
dónde.
IRENE. Tutor, ¿podré ir

á casa de la Pilar?
VENANC. ¡No!
IRENE. ¿Y á casa de la Inés?
VENANC. ¡Nada! Se cansan ustedes.
IRENE. ¿Y á la de doña Mercedes?
VENANC. ¡No! ¡menos!
IRENE. ¿Y adónde pues?
VENANC. ¡Yo bien sé dónde tú irias!

ESCENA XII.

Dichos, DON RUPERTO.

RUPERT. De par en par he encontrado
las puertas, y me he colado
sin avisar. ¡Buenos dias,
caballeros! Con permiso;
mas vengo tan orgulloso,
que utilizaré gozoso
el cogerlos de improviso. (*A D. Venancio.*)
Y usted por esta ocasion,
aunque se me muestra adusto,
me va á permitir el gusto
de hacer la distribucion.
Señorita, ¡vaya pues! (*Le da un pliego.*)
¡Esto á usted, caballerito! (*Otro á Pepito.*)
y á los dos los felicito.
IRENE. ¿Y qué es esto?
PEPITO. ¿Y esto qué es?
RUPERT. Me complazco y me deleito
en dar la razon cabal. (*A Irene.*)
Es la noticia oficial
de que se ha ganado el pleito.
PEPITO. ¿Y esto?
RUPERT. Lo que á usted le toca:
el nombramiento esperado
de aquel empleo alcanzado.
PEPITO. Pues viene á pedir de boca.
VENANC. ¿Está usted contento así?
¡seo necio, seo parlador
indiscreto!
RUPERT. ¡Qué, señor!
pues ¿qué es lo que pasa aquí?
¿qué ocurre?
VENANC. ¿Qué ha de ser? ¡nada!
¡todo mi plan se desquicia!
¡No ve usted!
RUPERT. ¿Qué?
VENANC. La justicia:
la sacan depositada.
RUPERT. ¿Qué es lo que oigo? ¿será cierto?
ESCRIB. ¿Vamos, pues, á concluir?
IRENE. Oiga usted, ¿no podré ir
á casa de don Ruperto?
Es casado, y su mujer
mal no me recibirá.
RUPERT. ¡Por supuesto que no! ¡bah!
¡con muchísimo placer!
¡y yo mismo en cuanto valgo...
soy suyo!
VENANC. ¡Todos! ¡vergantes!
ESCRIB. Vámonos, pues, si usted antes
no tiene que arreglar algo.
PEPITO. Abajo espera el carruaje.
IRENE. ¿Yo arreglar? Nada, señor.
Mañana mismo, tutor,
vendrán por el equipaje;
ya queda preparadito.
RUPERT. Y de aquella casa puesta (*A D. Venancio.*)
que teníamos dispuesta
¿qué hacer?
VENANC. No la necesito.
RUPERT. Bien, pero entonces ¿qué hacemos?
VENANC. ¿Y yo qué tengo que ver?
RUPERT. ¡Usted la mandó poner!
IRENE. Nosotros la habitaremos.
RUPERT. ¡Bueno! corriente, es igual,
sacándome del apuro.
RUPER. Ustedes...
IRENE. Sí, de seguro.
PEPITO. ¡Y que no nos viene mal!
La Providencia mas alta
por nosotros ha velado,
y tal nos lo ha preparado
que nada nos hace falta.
IRENE. ¡Tutor! (*Despidiéndose.*)
PEPITO. (*Id.*) ¡Tio!
IRENE. ¡Adios!
PEPITO. ¡Adios!
¡Hemos ganado el albur!
ESCRIB. Usted dispense, y abur.
PEPITO. Muchas gracias por los dos.
Por ingratos nos tendrá,
mas si, lo que Dios no quiera,
algo á usted falta le hiciera
un dia... nos hallará.
Reconocimiento eterno
le juramos, aunque...
IRENE. Sí.
RUPERT. Ea, ¿vámonos de aquí?
ESCRIB. Vamos. (*Salen todos saludando.*)

ESCENA XIII.

DON VENANCIO, *despues* RITA.

VENANC. ¡Idos al infierno!
¡Ah! ¡de aburrido me corro!
¡la llevan! ¡me han engañado!
¡qué es lo que á mí me ha pasado!
¡Ladrones! ¡fuego! ¡socorro!
RITA. ¡Ay, ay! ¿qué es eso, señor?
VENANC. ¿Quién eres? ¡vete de aquí!
RITA. ¡Se la llevan ya!
VENANC. ¡Sí, sí!
RITA. ¡Vamos, tenga usted valor!
si ella se va...
VENANC. Yo, ¡animal!
yo mismo se lo he arreglado.
¡Yo mismo! ¡yo he trabajado
por su cuenta y en mi mal!
Yo mismo los instigué,
los dí hacienda, casa, empleo,
¡todo, todo!
RITA. Ya lo veo.
VENANC. ¡Y regalos! ¡Uy! ¡no sé
qué haria! ¡y lo que me aguarda!
¡hum! (*Furioso.*)
RITA. ¡Don Venancio, por Dios!
VENANC. ¡Cuál se reirán los dos!
¡Si merecia una albarda!

ESCENA XIV.

DON VENANCIO, RITA; TOMÁS, *con una maleta y un saco de noche.*

TOMÁS. ¡Señor!
VENANC. ¿Quién es?
RITA. Es Tomás.
VENANC. ¡Déjame! ¡no me hables hoy!
TOMÁS. ¡Descuide usted! ¡si me voy!
VENANC. ¡Cómo! ¡tú tambien te vas!

3 0112 127850839

TOMÁS. Sí, señor: he meditado
la proposicion de usté,
y no acepto aunque me dé
un millon adelantado.
¡Cuarenta! ¡uf! ¡si me amedrenta!
Por eso emprendo el viaje;
lo que llevo es mi equipaje;
¡le perdono á usted la cuenta! (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON VENANCIO, RITA.

VENANC. ¡Todos, todos en mi daño!
RITA. ¡Gracias que el diablo llevólos!
porque al fin quedamos solos.
VENANC. ¡Eso mas!
(*Desesperado se cubre el rostro con las manos.*)
RITA. Sí, como antaño.
¡Don Venancio!
VENANC. ¿Quién me llama?
RITA. ¡Rita que á usted no le deja!
VENANC. (*Despues de vacilar un momento esclama dándola los brazos.*)
¡Gracias!
(*Se abrazan. Despues se separan. D. Venancio se queda contemplándola, y medio enternecido todavía dice aparte.*)
Pero ya está vieja,
¡tendré que buscar otra ama!

FIN.

Aprobada por la censura, puede representarse.

1863.—Impr. de Narciso Ramirez.